



# *Pelayos*

AÑO I – NÚM. 6  
23 DE DICIEMBRE - 2022

REVISTA JUVENIL  
CATÓLICO-MONÁRQUICA  
© 2021





# Pelayo

Es Navidad. Cristo Rey nace, Dios mismo se hace hombre para redimirnos, encarnándose en el vientre de la Virgen María. Pobre y en un establo. Los pastores serán los primeros en tener el privilegio del anuncio de que el Salvador ha nacido y, junto a ellos, se postrarán los Reyes Magos.

Sólo es rey el que ante Dios se postra, sólo reina el que a Dios obedece. Los demás, usurpadores y traidores. ¿Qué otra cosa puede ser los que al Rey de reyes desobedecen?

Y desde el fuego de la lumbre Niño, la llama de la pasa de padres a el orbe entero con la Hispanidad, calor corazones de los Patria.

Somos Tradición que nuestras almas las soldados de la llevamos en brasas inextinguibles que destruyen a todo enemigo, en un ejército - fortaleciéndose y dilatándose- a las órdenes de nuestro Abanderado Enrique V.

Nuestros mayores obedecieron sin dilación al rey Alfonso Carlos I, y saltaron a miles para salvar a España de los enemigos de Dios y la Patria, dejando atrás honor y hacienda. Nada los detuvo, nada los hizo retroceder, mucho menos avergonzarse: vencer o morir.

El Niño Dios, desde el pesebre te interpela: ¿estás dispuesto a defender mi reino?

Hoy eres Pelayo, y mañana Requeté.





S.A.R.

## D. Sixto Enrique de Borbón y de Borbón

*«Quiera Dios que cada carlista persevere por la senda del deber y, en medio de la noche que nos envuelve, sigamos la Estrella de la Esperanza, Nuestra Señora la Virgen María, y a todos nos ponga a buen recaudo, un día, junto al trono de Dios en el reino de los cielos».*



## Saluda del Capellán



### «ET VERBUM CARO FACTUM EST»

*Estas son las solemnes palabras que pronunciamos cada vez que rezamos el credo en la Santa Misa, al final en el último evangelio —el prólogo sublime de San Juan— y también al recitar el ángelus; entonces, hincamos reverentes nuestras rodillas para adorar en espíritu y en verdad el inconmensurable misterio que celebramos en esta Navidad: el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, para ser nuestro Buen Pastor, soberano Rey, Sumo y eterno Sacerdote.*

*Numerosos ángeles bajaron del cielo hasta Belén para adorar al Niño y con inmensa alegría cantaron a coro el primer villancico de Navidad: «gloria a Dios en los cielos y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad». Ellos fueron quienes anunciaron la buena nueva a los pastores y les invitaron a ir a adorar al Niño Divino, que encontraron envuelto en pañales, recostado en un pesebre.*

*Todo aquel a quien le quede aún un poquito de esa buena voluntad, urgido por la caridad <sup>(1)</sup>, irá corriendo de prisa hasta el portal de Belén para adorar, contemplar y admirar con sus propios ojos a un Dios que antes era invisible, pero ¡ahora sí, ahora sí lo podéis ver, tocar y oír! ¡Y feliz aquel para quien*

*Jesús no sea motivo de escándalo, tanto en el pesebre como en la cruz! (2).*

*Invito a cada uno de los pelayos a acudir presurosos hasta ese portal de Belén, que con arte y piedad representa en vuestros hogares el sublime misterio del «Verbo de Dios hecho carne», para adorarle, hincados, como lo hicieron los ángeles ayer; hoy podéis hacer vosotros lo mismo con la compañía de vuestros ángeles custodios, que unidos a los nueve coros angélicos en el cielo celebran el aniversario de Quien es eterno, pero en cuanto hombre, en esta Navidad, cumple 2022 años. Por supuesto, ofrezcédle vuestros presentes a los pastores Isacio, Josefo y Jacobo y también cantadle villancicos uniendo vuestras voces a los coros celestes.*

*Hacia más o menos mil años desde que en aquellos valles aledaños a Belén, apacentaba sus rebaños un pastor llamado David, que además fue rey y profeta, egregio ancestro del Niño Jesús. Queridos pelayos, a una con los pastores, David, Isacio, Jacobo y Josefo, os invito a llevarle al Buen Pastor recién nacido muchos, muchos corderitos, pero, sobre todo: corderitos negros. El Corazón de este Niño Divino es el Corazón más bueno, infinitamente misericordioso y lo que ama sobre todas las cosas es el corazón de los corderitos negros, de tantos niños malos, traviesos unos y otros perversos; algunos porque jamás recibieron la gracia y otros porque no valoraron su precio. Sed generosos, vuestros sacrificios humanos y su Amor divino los harán buenos. Estos corderitos negros son los más necesitados de la misericordia de Dios y en el cielo hay*

más alegría, y en el portal la habrá también, por un corderito negro que se convierte, que por los noventa y nueve blanquitos que permanecen en el redil (3).



Me preguntareis: —¿Cómo podemos hacer para llevárselos al Niño Jesús? Muchos son ariscos y rebeldes. Otros se escapan corriendo y no los podemos coger o tienen las manos quebradas y no pueden caminar. Están cubiertos de sarna y nos podremos contagiar. Se han perdido en los densos matorrales de las pasiones desordenadas, se han despeñado en el abrupto precipicio del vicio o se han escondido detrás de su cobardía y egoísmo—.



*Sin embargo, el Buen Pastor nos advierte que tiene otras ovejas que no son de este su redil y si estos corderitos negros pudieran escuchar su voz, dócilmente vendrían en pos de sus pasos y así un día podrá establecerse un solo rebaño y un solo pastor (4). De este modo, cuando llegue el juicio final podrá poner esos corderitos negros al amparo de su diestra gloriosa, separados para siempre de las cabras, que irán a su siniestra por toda la eternidad (5).*

*La solución ya nos la propuso y ofreció la Virgen en Fátima: Será especialmente «por vuestras oraciones y sacrificios como los podéis salvar del fuego del infierno», «para poder llevar al cielo, especialmente, los más necesitados de su misericordia». Hay muchos sacrificios que podemos elegir, pero es muy importante saber aceptar dócilmente aquellos que la Providencia nos impone en nuestra cotidianidad doméstica, ¡estos son los que tienen mayor valor a los ojos de Dios! Por lo tanto, por vuestras oraciones y sacrificios llegarán muchas almas a formar parte de la majada del Buen Pastor. Los corderos que están negros por la mugre del pecado, se volverán blancos como la lana limpia. Ahora que es tiempo de misericordia, antes que Nuestro Señor sea el supremo y definitivo Juez, los pondremos a buen recaudo junto al Niño Pastor. Allí estarán al abrigo de lobos y buitres, de pumas y zorros. Gracias a vuestros sacrificios podréis curarlos y sacar esos gusanos inmundos que las moscas de internet han sembrado en su corazón. Gracias a vuestras mortificaciones los podréis desenredar de las*

zarzas del mundo, que los retienen cautivos y les impiden retozar libremente por valles y colinas, saborear las hierbas frescas y beber el agua clara de los arroyos de la sana doctrina. Tened la certeza de



que nada alegrará más al Niño Jesús, a su Madre y a San José que este regalo: un corderito negro.

Queridos pelayos, a una con los ángeles del cielo y con vuestro ángel custodio, venid corriendo a besarle los pies y así rendir pleitesía a un Dios que era intangible, que en cuanto hombre es nuestro Rey, porque como lo había anunciado el arcángel Gabriel a su Madre: «heredará el trono de David, su Padre». En vez de escandalizarnos, deberíamos como los Reyes Magos, edificados y consolados, ofrecerle el oro de nuestro amor al Rey que ha conquistado nuestro corazón, trocando el solio celestial por el trono más humilde, un pesebre con paja. Al Niño Rey tenemos que ofrecerle la corona y el cetro que le pertenecen con la legitimidad de origen divino. Su poder infinito ha de imperar hasta los extremos confines de nuestra nada, así como hasta lo más profundo del infierno rige su justicia divina. Que venga a nosotros su reino y se establezca en todos los ámbitos de la sociedad humana, que se extiendan por todo el universo el cetro de su caridad y la influencia de la ley evangélica. (6)

Por eso, con ánimo entusiasta, trabajemos en toda circunstancia por nuestro Rey, para dilatar las fronteras de su reino en esta tierra, conquistando lo desconocido y reconquistando lo perdido. Él ha nacido para que el imperio de su gracia alcance las simas más profundas de nuestra miseria, las fibras más íntimas de nuestras almas; para que la divina medicina llegue hasta los pliegues más recónditos de nuestro corazón, más allá de todo lo que inficionó el pecado original.



Que Él destruya con su gracia esa mala levadura que nos hace pésimas personas, al fermentar cotidianamente en pensamientos, deseos y obras, que ante Dios nos avergüenzan; pues ahí es donde vive el hombre viejo, asesino del hombre nuevo, que trata de impedir que cada uno de nosotros viva en justicia y santidad. Que esa luz que Él es en este mundo, rasgue con su verdad las densas tinieblas del error y la mentira; para que la Vida, que en Navidad contemplamos recién nacida, pueda preguntar muy pronto: «Muerte ¿dónde está tu victoria?».

Meditar delante de un belén es situar el alma en un lugar desnudo y despojado de todo, menospreciado por los hombres, pero, sin duda, es el mejor y más adecuado, porque Dios mismo lo eligió para nacer allí. Belén es toda una invitación a descubrir cuáles son las auténticas riquezas y verdaderos tesoros de un cristiano. No son precisamente las que el mundo y su príncipe, mentiroso y asesino, nos quieren imponer con el fin de seducirnos por medio de ellas, para alejarnos poco a poco y para siempre, de la pobreza del Pastor, del imperio del Rey y de la gracia de Dios. En el misterio de Belén destaca en todo su esplendor la belleza de la pobreza y la grandeza de la humildad: ¡Vanitas, Vanitatis!, ¡Todo es vanidad! Este es uno de los mensajes fundamentales que proclama la Navidad.

Debemos ofrecerle generosos y valientes ese amor que hace buena la voluntad, que nada tiene que ver con una piadosa veleidad ni con una utopía mística; es esa misma buena voluntad la que alaban cantando

los ángeles y nos proporciona la paz, «*pax Christi in regno Christi*». Muchos niños de hoy piensan que Jesús es un rey de mentirijillas, como son los reyes



constitucionales, reyes de pacotilla, que reinan, pero no gobiernan. Por eso como todos los liberales no cesan de repetir: ¡Jesús, Jesús! Pero solo de labios para afuera, porque no respetan su autoridad ni obedecen su ley ni ejecutan su voluntad. No quieren establecer, consolidar ni extender su reino. El Niño Jesús es Rey. Es Rey de verdad verdadera. Esto lo sabe muy bien el rey Herodes, pues al preguntarle los Reyes Magos dónde había nacido el Rey de Israel, los rabinos de Jerusalén estaban allí para darle la noticia y confirmarle, a la luz de las profecías de Daniel, dónde y cuándo iba a nacer el Mesías esperado. Pero Herodes no lo supo interpretar, sino que pensando y sintiendo de manera carnal, temió perder su trono y su poder. Entonces ordenó de inmediato una sangrienta y cobarde persecución para quitarle la vida a Aquel por el cual los reyes gobiernan, porque todo poder viene de Dios. Fueron muchos los niños mártires, inocentes víctimas de ese terror liberal que tienen los reyes malos que gobiernan el mundo, cuando temen la suprema primacía divina del Dios Encarnado; ellos, como Herodes, quieren reservarse parcelas autónomas, independientes de su infinito poder. Pelayos, ese odio al Rey Niño persiste aún hoy y por eso tratan, con todas sus fuerzas y por todos los medios, de matar vuestras almas, de robaros esa inocencia que vuestros padres cuidan con tanto esmero y que, para ponerla a salvo, muchas veces, les toca alejarse del mundo, huyendo al desierto de Egipto y así poner a buen recaudo esa gracia preciosa que Dios ama tanto: la inocencia.



Queridos pelayos, oíd como los Ángeles cantan en el cielo anunciando la paz que trae el Niño a todos aquellos que en su corazón tienen buena voluntad. La paz es el fruto de la tranquilidad en el orden y no hay tranquilidad donde hay rencillas y rencores, volviendo negro y tenebroso como un tizón el espíritu donde se apagó la caridad. El orden no puede existir, ni reinar la paz, allí donde no tiene cabida el perdón. Regaladle al Niño los colmillos de ese lobo que desgarró el corazón, poned a los pies de su cuna la piel de un caracal, que en feroz carnicería dejó maltrecha la majada y adornad su pesebre con las zarpas cazadoras del leopardo persa que realizó incursiones asesinas al amparo de noche. No hay trofeos más bonitos para ofrecerle al Niño Divino que poner a sus pies, vencidos, uno a uno nuestros defectos. No tengáis miedo y poned el zurrón colmado de vuestros pecados a los pies del Niño Jesús cuando os acerquéis al confesionario, Él los recibirá muy contento y los hará suyos, para llevarlos un día a la

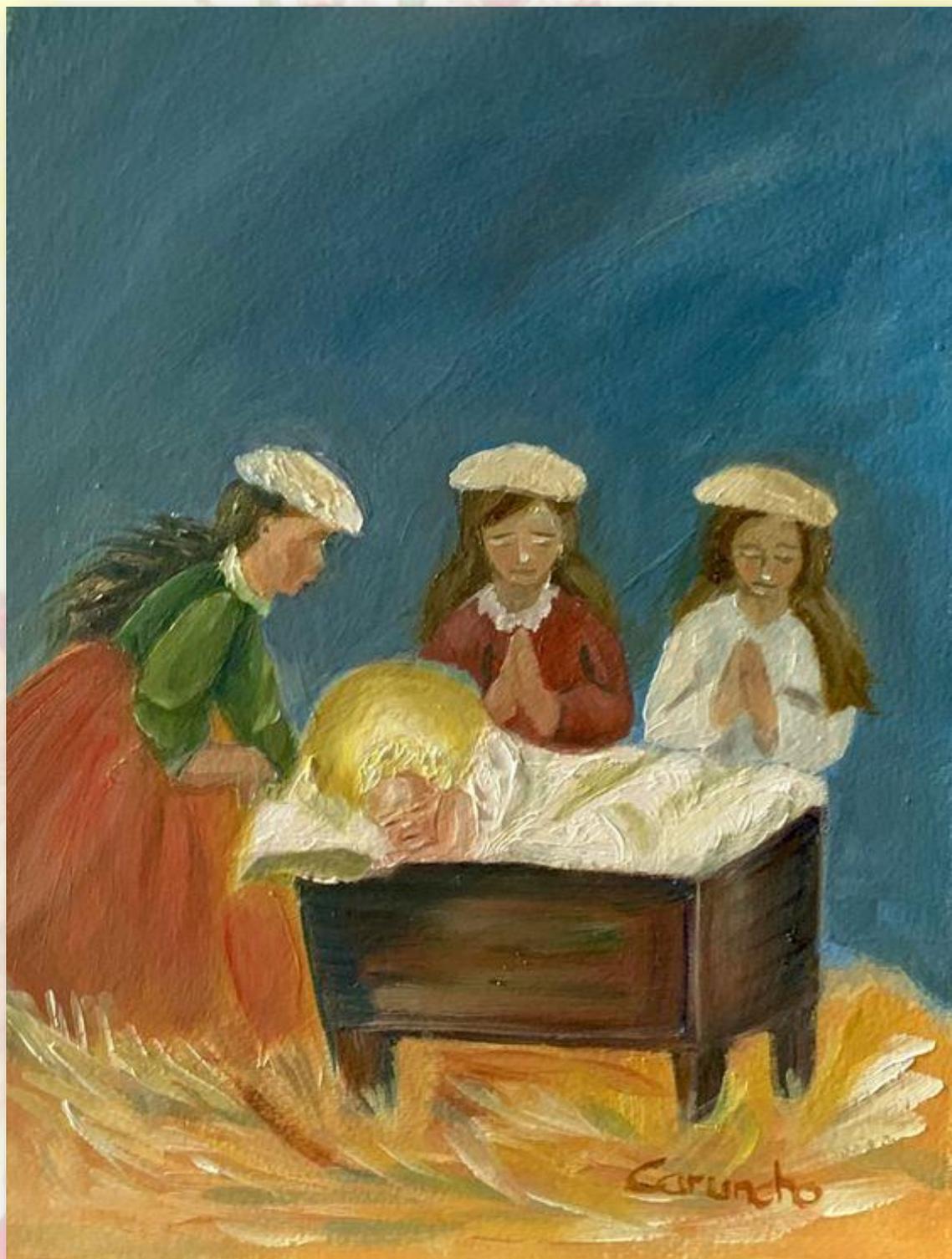


*cruz, así premiará la ofrenda que le hacéis de vuestras faltas con ese regalo divino que es el perdón.*

*Contemplando el portal de Belén podemos preguntarnos, ¿qué diría su tatarabuelo el Profeta David al ver este templo miserable que alberga al vástago de su estirpe, el Deseado de las naciones? ¿Qué recinto más pobre y humilde para el Niño Dios en comparación con el primer templo que David construyó en Jerusalén para custodiar los símbolos que mostraban el pacto de Dios con su pueblo! Sin embargo, en medio de esta noche cerrada amanece la nueva alianza. Todo lo que sucedió en el Antiguo Testamento fueron solo imágenes que dejan ahora su lugar a la sublime realidad del «Verbo que se ha hecho carne», la llegada anhelada del Emmanuel, Dios con nosotros. Un zorro famélico que por allí merodeaba buscando una perdiz para su cena, al pasar cerca del portal y escuchar más alboroto que en un gallinero, se acercó curioso y exclamó admirado, al constatar que todos los hogares de Belén le habían cerrado la puerta: ¡Qué cosa más asombrosa es esta! ¡que las raposas tengamos madrigueras confortables y el Hijo del Hombre no tenga dónde apoyar su cabeza!*

*Con los ángeles, los pastores y también con los Reyes Magos venid hasta la Casa del Pan —que esto quiere decir Belén— porque hoy su cuna es un altar: acercaos a comulgar al Verbo que se hizo carne bajo las apariencias de pan. Preparad vuestro corazón como San José preparó el portal, humilde y despojado de todo, pobre y sencillo a la vez, para recibirle en cuerpo y sangre, alma y divinidad; recibidlo como lo*

*recibió allí el Santo Patriarca. Ofrecedle vuestra nada para que Él la colme con su todo, y como nos enseñó David, poned a sus pies vuestro corazón contrito y humillado y no lo despreciará (7). Por vuestra hambre*



*y sed de justicia, por vuestra humildad, se colmarán de bienes vuestras almas, que serán como ese portal que alberga en esta Navidad a Nuestro Sumo Bien (8).*

*Venid, pelayos, hasta este pesebre humilde, el único recinto que no cerró las puertas al Divino Despreciado. En medio de la noche fría parece que las estrellas suspiran por titilar más cerquita de la cuna, como aquella estrella privilegiada que llegó con el cortejo regio de Oriente, y los luceros quieren bajar de la bóveda oscura del firmamento. Los pastores acudieron con sus rebaños de ovejas y los tañidos de sus esquílas y cencerros fueron las primeras campanas que nos llamaron para que acudamos prestos a adorarle en los Sagrarios. Con las ramas secas del monte, los pastores han encendido una fogata, las brasas calientan las manos ateridas y en las viejas alpargatas, unos pies helados. Las llamas dibujan pinceladas fugaces de luz en los rostros felices y atónitos de los pastores. Un zagal, abrigado con su zamarra pelliza, puso ascuas en un brasero sobre el que se quemaban ramitas de tomillo y romero: fue aquel el primer turíbulo que rindió homenaje a un Dios de verdad, verdadero. Al ritmo de la brisa, luces y sombras danzan, perfilando siluetas sobre las humildes paredes de barro y paja del portal. Acaba de ser encendida la primera lámpara que indica la divina presencia en el primer sagrario de la Cristiandad.*

*Ese pesebre es también un trono y un altar; prestad atención y oiréis cómo el Verbo se expresa en el silencio y —cuando los villancicos angélicos lleguen*

*a su fin, en medio del silencio de la noche, los pasos sigilosos de los pastores sobre la nieve mullida, el quejido del viento entre las rendijas —aunque trata de frenar su ímpetu para no despertar al Niño, todavía hace ruido en las ramas al barrer las hojas*





*secas de un otoño pasado—, escuchad el rumiar pausado del buey cansino y el crujir de las pajas bajo los cascos del burro y esos resoplidos, vahídos tibios que quieren impedir que la helada de la noche deje al Niño aterido de frío.*

*A pesar de todas las precauciones, aunque es de noche, el murciélago que dormía en los entresijos del portal ha salido volando para avisar con estridentes chistidos a reptiles y batracios del portento del que acaban de ser testigos sus ojos atónitos. Ya la lechuza ha ido advirtiendo a todos los demás pájaros de Belén y allí se arma una algarabía de cantos de jilgueros y calandrias, mirlos y zorzales. Las aves migratorias que hacían escala en aquellas mesetas vinieron a una, ¡quedaron estupefactas! y entusiasmadas; llevarán muy pronto la buena nueva a latitudes lejanas. Pelayos, sobre todo, escucharéis los gemidos inenarrables con los que el Verbo de Dios expresa una inefable oración, manifestando infantiles demandas a su Madre virginal, cuyo regazo será la cátedra desde la cual nos impartirá la primera lección como Maestro: total abandono, confianza sin límites, en su Madre siempre Virgen. Por eso como Él nos enseñó: rezad, gemid, llorad, pedid siempre y todo a Ella, también Madre Nuestra, la Virgen María.*

*Pelayos ¡Muy feliz Navidad! — El Verbo se ha hecho carne, y habitó entre nosotros.*

*Padre José Ramón García Gallardo*



(1) II Cor, 5-14-  
*«Porque el amor de Cristo nos apremia».*

(2) Lc. VII, 23 23 *«¡Y feliz aquel para quien Yo no sea motivo de escándalo!».*

(3) Lc. XV,4-7 *«Si alguien tiene cien ovejas y pierde una, ¿no deja acaso las noventa y nueve en el campo y va a buscar la que se había perdido, hasta encontrarla. Y cuando la encuentra, la carga sobre sus hombros, lleno de alegría, y al llegar a su casa llama a sus amigos y vecinos, y les dice: "Alégrense conmigo, porque encontré la oveja que se me había perdido". Les aseguro que, de la misma manera, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse».*

(4) Jn. X-16- *«Tengo, además, otras ovejas que no son de este corral y a las que debo también conducir: ellas oirán mi voz, y así habrá un solo rebaño y un solo Pastor».*

(5) Mt. XXV 32-33- *«Todas las naciones serán reunidas en su presencia, y él separará a unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos, y pondrá a aquellas a su derecha y a estos a su izquierda».*

(6) Zac. 9, 10 - *«Romperá los arcos guerreros, dictará la paz a las naciones; dominará de mar a mar, del gran río al confín de la tierra».*

(7) Ps.51, 19 - *«... Mi sacrificio es un espíritu contrito, tú no desprecias el corazón contrito y humillado».*

(8) Lc. I 52 - *«Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías».*

Rodrigo Díaz de Vivar

# El Cid Campeador



Se llamaba Rodrigo Díaz. Había nacido en la aldea de Vivar, una de esas aldeas de la parte más alta de Burgos, de casas bajas y de color pardo, que parece que se agachan y aprietan. La tierra que rodea la aldea es también como ella, disimulada y humilde.

Aquel buen caballero, Rodrigo Díaz, que allí nació, fue como esa misma tierra; serio, callado, perspicaz, sin grandes apariencias y ruidos. Su cosecha no fue una vistosa cosecha de flores. Fue cosecha de trigo. Cosecha de grandes hechos y de sabias lecciones.

No era de la principal nobleza, aunque sí de familia honrada y de limpio linaje. Luego, por sus hechos, alcanzó gran renombre. Los moros le llamaron Cid, que quiere decir Señor, y los cristianos Campeador, o sea hombre de batallas y combates.

El Cid era un hombre de regular estatura, ancho de espaldas, de ojos vivos y una larga barba negra. Sabía escribir, cosa que no era corriente en su época.

Siendo joven, aparece al servicio del rey don Sancho de Castilla, el hijo mayor de Fernando I. Tenía en su reino el cargo de alférez, o

sea, jefe supremo de la tropa, el que tenía el mando directo de los soldados sobre el campo.

A las órdenes del rey Don Sancho hizo el Cid sus primeras campañas en la guerra que este rey sostuvo con su hermano Alfonso VI. A sus órdenes seguía cuando el rey Don Sancho fue asesinado a las puertas de Zamora.

En seguida fue proclamado rey de Castilla y León con el nombre de Alfonso VI, el hermano antes vencido. Necesariamente el nuevo rey no podía mirar con buenos ojos al antiguo allérez de su hermano, que había peleado contra él, y el Cid, por su parte, no podía tener tampoco gran simpatía por el antiguo enemigo de su rey.



Una vieja leyenda dice que cuando el rey nuevo, Alfonso VI, fue a coronarse en la iglesia de Santa Gadea, el Cid se le presentó

delante y en forma destemplada le exigió que antes de recibir la corona, jurase ante todos los que allí



estaban que no había tenido parte alguna en la muerte de su hermano Don Sancho, en Zamora. El rey Alfonso juró, pero no le perdonó jamás lo que consideró una afrenta.

Tenía entonces treinta años; estaba en la flor de la edad y sin embargo le vemos encerrarse durante diez años en su casa y llevar una vida patriarcal y tranquila que parece lo más opuesto a su futura gloria militar.

El Cid durante aquellos años de Vivar es el hombre prudente y de buen consejo que resuelve los pleitos y las disputas entre los vecinos, aplicando severamente las leyes, de las que era y fue siempre muy menudo conocedor. El Cid se preparaba para su futura cosecha de gloria; templaba su voluntad, aprendía a conocer a la gente y se llenaba de sereno sentido de justicia. El Cid era lento y prudente, pero seguro.

El rey Don Alfonso, sin embargo, no dejaba de mirar con recelo al antiguo alférez de su hermano. Añas veces mostraba sus temores vigilándole como a un sospechoso.

Otras, halagándole con favores y dádivas. Uno de estos halagos consistió en influir el rey para que se casara con Jimena Díaz, matrimonio brillante para el Cid pues Jimena era de mucho más ilustre familia que él y tenía sangre de reyes. Fue feliz el matrimonio, cristiano y amoroso.



Poco después de su boda, el rey tuvo definitivamente un disgusto con el Cid, y le mandó salir de su reino. El Cid, respetuoso

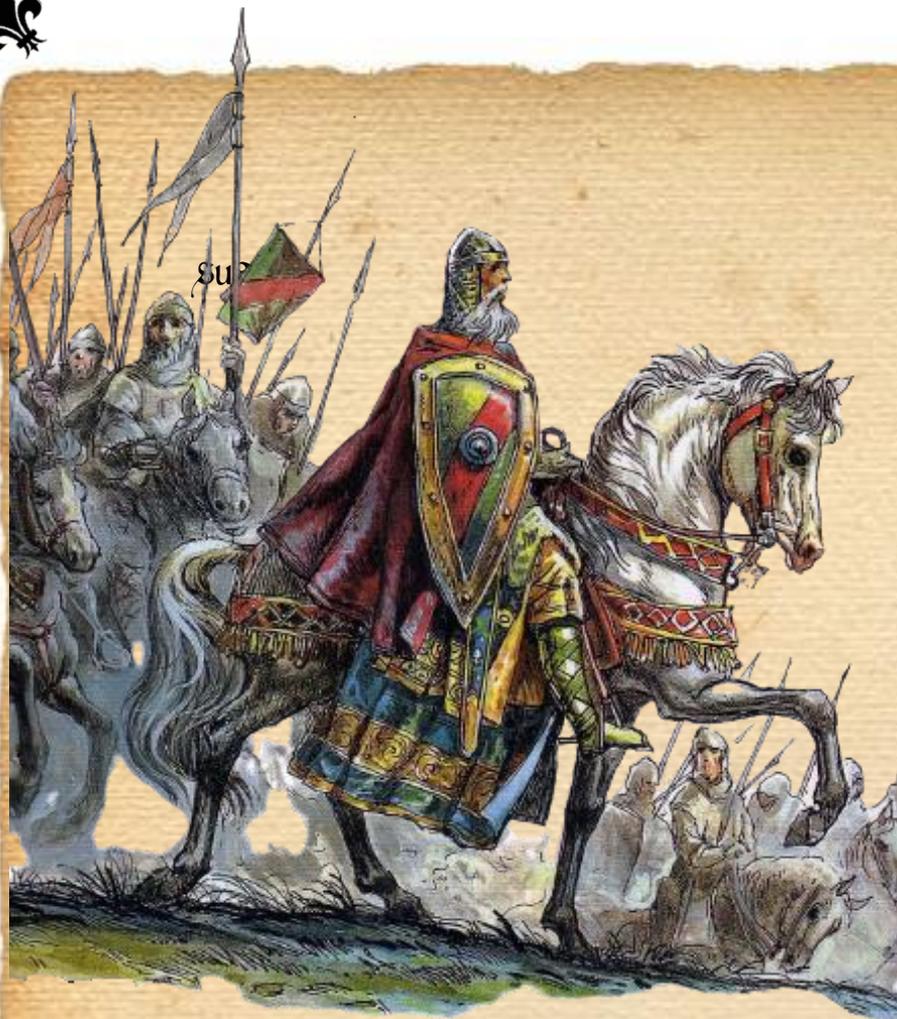
y obediente, besó la mano del rey y se dispuso a salir por los caminos a buscar su pan y su gloria.

El Cid va volviendo la cabeza y con los ojos llorosos. En las aldeas por las que va pasando, están cerradas todas las casas. El Cid, que quisiera descansar un poco, llama inútilmente a una de ellas; como nadie le contesta, saca del ancho estribo su pie, forrado de hierro, y golpea con él dos o tres veces la puerta de madera. Retumban los golpes en la casa silenciosa... Y al fin sale una niña de nueve años y le dice que no pueden abrirle porque el rey, para que se vaya pronto, ha anunciado grandes castigos a quien le ampare o le reciba en su casa.



El Cid agacha la cabeza, se vuelve a su tropa y les dice: ¡Adelante!

Adelante... ¿hacia dónde? El Cid lleva consigo un pelotón de buenos y fieles castellanos que voluntariamente se han prestado a seguirle y a ir con él a buscarse la vida y la fama. Son pocos, pero muy escogidos. Los mejores han querido venirse con él. Y él, por su parte, ha aprendido a tratar a todos con justicia y cariño, haciéndose respetar al mismo tiempo. La tropa del Cid es como un pedazo de Castilla en movimiento; hay en ella igualdad y jerarquía: tanto el mando como la obediencia están hechos de dignidad y de amor.



Deberá ir a ofrecer servicios a algún señor poderoso en unión de cuyas tropas su esfuerzo podrá ser más eficaz.

Piensa primero en ofrecerse al conde de Barcelona. Pero este no acepta el ofrecimiento del castellano. Así se privó Cataluña de la gloria de haber tenido a sus

órdenes al Cid Campeador. Entonces, el Cid decidió ofrecerse al rey moro de Zaragoza, que era aliado y amigo de su rey, Alfonso VI. Esta amistad y alianza era importantísima para el reino de León y Castilla, que de este modo tenía guardado su flanco o frontera del este. Y pensando en eso, el Cid —que nunca obró como un aventurero libre y sin patria, sino como un buen castellano y vasallo del rey Alfonso— se decidió a ir a Zaragoza.

Le bastaba que el reino fuera aliado de su rey, al que siempre guardó lealtad en su destierro.

Con la ayuda, pues, de los moros amigos de Zaragoza, el Cid escogió Valencia como mira y objeto de su esfuerzo militar. La situación de Valencia para la reconquista contra los árabes significaba el corte en dos



frentes de la zona mora: significaba dejar aislado y ya sin más recurso que hacerse del todo español, el reino de Zaragoza.

La empresa era arriesgada y difícil; tanto que ningún rey español, a pesar de lo que aquello podía significar para la reconquista, se había decidido a intentarlo. Valencia estaba lejos. Aprovechó ciertos disturbios interiores que había en Valencia, y con una lúcida tropa de castellanos y moros de Zaragoza se dirigió contra ella, presentándose como mediador y yendo, en realidad, en plan de ensayo y tanteo. Por el camino fue realizando la labor más difícil, que era la de asegurarse las espaldas, venciendo unas veces a los reyezuelos intermedios y otras ajustando con ellos tratados de amistad. Incluso alguna ocasión peleó en duelo personal con algunos de los jefes moros, asombrando a todos por su maestría invencible en el manejo de la espada.

Pero de momento no se apoderó de su gobierno, limitándose a apaciguar los bandos que la dividían y asegurar en el trono al rey moro, haciéndolo su amigo y exigiéndole el pago de un tributo.



Como respuesta a la toma de Toledo por Alfonso VI, los reyes moros, sintiéndose cada vez más perdidos, habían decidido llamar en su socorro a los almorávides del norte de África. Su empuje era arrollador y amenazaban convertir otra vez la España árabe, ahora dividida y débil, en un reino único y fuerte como en los tiempos del califato de Córdoba.

Entonces es cuando toda la llama española del alma del Cid se aviva como una antorcha. A su luz, la idea de la reconquista se le aparece clara y urgente.

A él le toca el sagrado deber de cortarles el paso por el Levante, convirtiendo ya en un verdadero frente de posiciones fijas el camino que antes ganó pasajeramente para ir a Valencia. La situación no daba espera. El Cid reúne un nuevo ejército, superior al de antes, y sale otra vez hacia Valencia.

Los cronistas no olvidaron detalle de tamaña hazaña:

*«Se echó sobre la ciudad, como el usurero sobre sus deudas».*

A los pocos meses, Valencia, enferma de hambre y sed, tuvo que rendirse y sus puertas se abrieron para dar paso al Cid victorioso.



Aquella conquista no podía terminar. No es ya su gloria ni su provecho lo que le preocupa; es España. El Cid gobernó Valencia en nombre del rey.

Convirtió en Catedral la Mezquita y estableció en el Alcázar su residencia. Hizo venir de Castilla a su mujer y a sus hijos.

Poco después, como si cumplido su deber con España nada más tuviera que hacer, agotado de tan dura tarea y enfermo de fiebres, muere en Valencia. Tenía al morir cincuenta y siete años. Su larga barba negra se había vuelto de color ceniza. Falleció sobre el hombro de Jimena, su esposa,



Beatriz de Bobadilla

# Consejera de Isabel La Católica



No estuvo sola la Reina Isabel la Católica para la realización de las altas empresas que tiene el mundo entero que agradecerle.

Su marido, el Rey Fernando, tenía un gran genio político y valentía, además de ser sagaz, emprendedor y perseverante. Pero también tuvo heroicos guerreros, el primero de todos el Gran Capitán, don Gonzalo Fernández de Córdoba: y junto a ellos, grandes consejeros, siendo el primero entre ellos el Cardenal Cisneros, austero confesor de la Reina.

Pero sobresalió como consejera y amiga, como pocas mujeres, doña Beatriz de Bobadilla.

Nació en el año 1440, en Medina del Campo.



Se conocieron teniendo Isabel tan solo tres años y diez Beatriz, cuando era Isabel era infanta y vivía en Arévalo. El padre de Beatriz era el guardián de la fortaleza. Desde aquel momento no se separaron jamás.

Tal era la amistad que Beatriz estuvo una vez a punto de ser asesinada por un negro moro que quería matar a Isabel, durante la



guerra de Granada, en el asedio de Málaga confundiéndola con ella. Recibió numerosas cuchilladas que, afortunadamente, no traspasaron sus vestidos. Era aguerrida y valiente, tanto, que ella misma estuvo a punto de dar muerte al maestre de Calatrava, un anciano viudo y amargado, que se había obsesionado con casarse con la futura Reina, quisiera ella o no. Era el año de 1466, justo uno después de que los nobles de Ávila proclamaran rey a Alfonso, el ilegítimo Alfonso XII, quien animó al vejestorio, treinta y cinco años mayor que Isabel, al casamiento. Isabel era ya entonces una joven princesa con las ideas

claras y el corazón lleno de fe, y rezaba por que aquel enlace no llegara a buen puerto. Pero ante tal trance, que daría al traste con el futuro de Castilla, Beatriz le aseguró a su amiga que, aunque tuviera que clavarle ella misma una daga al prepotente Girón, aquella unión no se celebraría.

Pero Dios no permitió se consumase la voluntad del vejestorio ni tampoco la estocada de Beatriz, quitándole la vida convocándole a su juicio divino cuando se dirigía, con su soldadesca, a llevar por la fuerza a doña Isabel.

Era su amiga firme y resolutiva, sabia e inteligente, y no fueron escasas sus intervenciones y obras en favor de la Reina. Así sucedió cuando el avieso marqués de Villena, Juan Pacheco, que había sido determinante en la llamada «farsa de Ávila» que entronizó a

Alfonso, quiso separar a la joven Isabel de sus damas. Beatriz impuso su voluntad y logró que la corte del Rey acogiera a las cinco damas de la futura Reina en la corte regia.

Beatriz era ejemplo para su hermano, que la admiraba por sus virtudes. Francisco de Bobadilla era oficial al servicio de la Corona. Durante las guerras de Granada fue capitán de la gente de armas del obispado de Jaén y actuó como alcaide de varias fortalezas, entre ellas la de Cambil.



Todo se iba conjurando en contra de Isabel y en todo traspiés aparecía Beatriz que lo impedía. Esta vez hizo resistir a su marido, poseedor del Alcázar de Segovia y de su tesoro, ante el



hostigamiento del Marqués de Villena, que lo acosaba para que entregara a Enrique IV a los ya los recién casados Isabel y Fernando.

Resistió el esposo, dubitativo, a la lengua del instigador, con la firmeza de su esposa, que veía en su amiga a la legítima Reina de Castilla. Tan importante fue su intervención, que esta resistencia resultaría definitiva en la guerra civil entre Isabel y Juana la Beltraneja y en el posterior ascenso de Isabel al trono castellano.

Tanta era la importancia de su consejo para la Reina, que le consultó el proyecto que le presentó aquel marino genovés que hablaba de llegar a las Indias por una ruta más corta. Hablaron y pensaron la conveniencia del proyecto para la Iglesia y el Reino. Y allí se forjó la decisión que cambiaría el mundo entero.



Daba suma importancia Isabel la Católica a «la selección de personas que habían de estar en su entorno inmediato», a las que otorgaba «una confianza grande y duradera».

Su amistad y consejo de Beatriz no flaquearon en ningún momento, ni en el momento de la muerte. Decían los que las trataron;

*«...desde su tierna edad muy cara e amada e acepta dama...:  
tanto, que me acuerdo de verlas ya viejas e nunca la reyna la llamaba  
sino hija marquesa»*

U no era para menos, ya que la admiración de propios y extraños sólo reflejan reconocimiento hacia su persona;

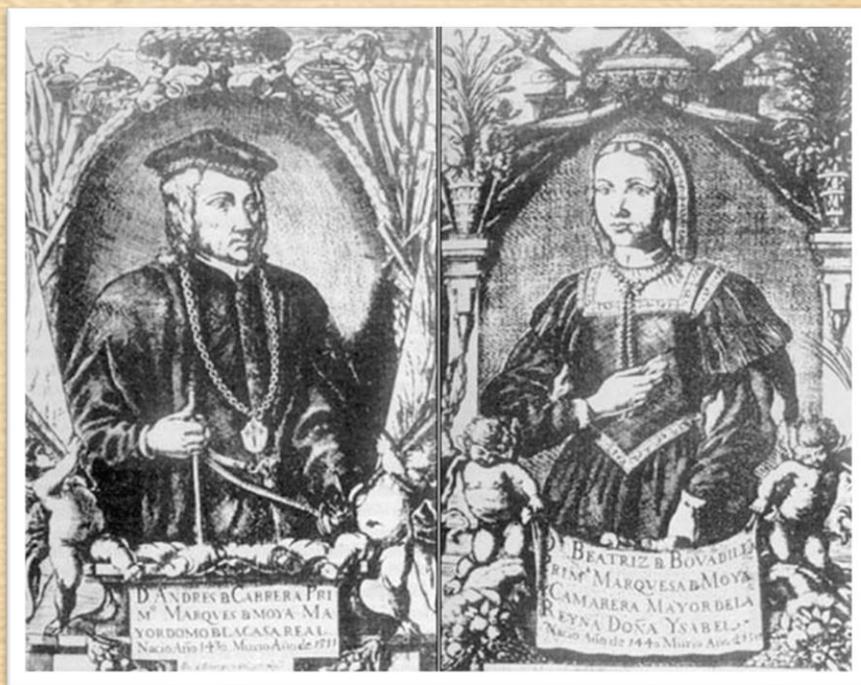
*«fue la más galana dama que ovo en sus tiempos en la  
cristiandad»*

*«muger muy discreta de las que más en España sabían ...era  
maravilla ver su diligencia y cuidado»*

*«con un saber muy discreto y con una habla muy dulce»*

*«y aun a los que no la veyan, por fama tenía afeccionados»*

Su compañía engrandecía a la Reina, quien la había escogido, no sólo por su amistad, sino por su valía, como consejera para los designios de Castilla y los demás reinos peninsulares.



# JUANITO, CRUZADO DE ESPAÑA

(TERCERA PARTE)

POR ALFONSO

Volvió a la choza por la mañana. Juanito continuaba durmiendo, se había echado encima las dos únicas mantas. El rojo no pudo menos que reírse para sus adentros al ver a ese pequeño escapado de la masacre de Pobleto instalado en su jergón y bajo sus dos mantas, agarrándolas ambas inconscientemente. Cuando se hizo de día, se sentó cerca del muchacho y comenzó a sacudirlo

enérgicamente mientras le gritaba:

—Vamos, amigo, que ya es hora de levantarse. ¿Has dormido bien?

Frotándose los ojos y todavía sin recordar dónde estaba, Juanito respondió que sí.

—Pues has tenido mucha suerte, porque yo, al revés que tú, he dormido muy mal. Hoy hay que

trabajar duro. En lo que a mí respecta trataré de recuperar el tiempo perdido.

Alfonso se estiraba junto al quicio de la puerta como quien acaba de levantarse después de varias horas en duermevela. Por su parte, Juanito no tardó en salir fuera y medio cegado por el sol, comenzó a encargarse de las tareas sencillas con el escasísimo menaje. Siempre le había gustado prestar este tipo de servicios. Nunca había permitido que su madre saliera a buscar agua a la fuente o a recoger leña del bosque y muy a menudo arrebatava el cántaro o el cubo de las manos de su una vecina, para dirigirse con presteza a llenarlos de agua fresca. Sacaba el agua del arroyo que discurría encajado en el fondo de una garganta pequeña y empinada. No era precisamente fácil remontar esa pendiente tan abrupta cargado con un cántaro de agua, aunque afortunadamente éste era pequeño, pero, a la larga, resultaba tremendamente pesado. A pesar de esto, ir al arroyo le resultaba muy agradable, en primer lugar, porque eran los únicos momentos libres que tenía para jugar y, además, porque de entre los bloques de rocas enormes caía una cascada pequeña en una piscina natural cuyas aguas, transparentes y con tonalidades verdosas, eran deliciosamente frescas.





Como un niño que era, se lo pasaba en grande caminando descalzo y saltando alegremente por sus bordes mientras transportaba el cántaro.

Era feliz a la subida, pero sobre todo durante la veloz bajada, cuando se deslizaba por el camino de cabras pendiente abajo, tan rápidamente que corría riesgo real de romperse los brazos y las piernas. Juanito podía guardar el equilibrio en la montaña con la misma firmeza que Alfonso. ¡Es en los descensos cuando se puede conocer a los auténticos montañeros!

Pero había que regresar a la realidad, a la choza junto a la que Alfonso dormitaba con los ojos medio cerrados, tumbado despreocupadamente, como era su costumbre durante días enteros, igual que tantos de sus compatriotas. De vez en cuando daba una orden, hacía una observación la mayoría de las veces de forma amable. No era un hombre tan malo. Pero, ¿por qué estaba aquí, perdido en un lugar desértico y con miedo de que viniera alguien? Un día Alfonso le hizo una confidencia.

—Escucha, tienes que prestar mucha atención mientras duermo y en todo momento, para avisarme en cuanto veas venir o simplemente veas pasar a alguien. He tenido problemas con otros rojos de la ciudad, me he enfrentado al jefe y como le he quitado autoridad, estoy seguro de que va a tratar de vengarse de mí porque tiene miedo de que yo me convierta en jefe y lo reemplace. Como todas las armas están reunidas en nuestra sede central,

tuve que huir desarmado. Ahora necesito ayuda para zafarme de los rusos que apoyan a ese sinvergüenza.

—Está bien, pero si viniera ¿no pensarás matarle, ¿no?

—Claro que no, pierde cuidado. Sólo es que tengo miedo de que me encuentre desprevenido y me dispare y me mate como a un perro, y que después te asesine a ti para eliminar al único testigo. Si el encontrara este escondite y nosotros pudiéramos escapar de él, nos iríamos muy lejos, quizá incluso entre los blancos, porque ya estoy un poco harto de todos los de por aquí.





Juanito se persuadió de que este era el motivo por el cual su protector estaba vigilante, y empezó también él, lleno de celo, a escrutar todos y cada uno de los pequeños escondrijos y huecos que podría aprovechar un hombre para acercárseles. En cuanto Alfonso se quedaba dormido, ya no se quedaba en su lecho, de tan grande que era el peso de la responsabilidad que sentía. ¡Ah!, poder descubrir a tiempo a ese maldito jefe de banda y así salvarse a tiempo y poder partir a donde estaban los «blancos». ¡Qué buen plan! Ya se imaginaba a Alfonso de vuelta a la fe de su infancia y rezando a su lado al fondo de una iglesia o de una remota capilla. Esta sería su primera conversión, él, que quería ser misionero:

«Dios mío, haced que así sea. A vuestro pequeño Juanito le habéis llevado todo lo que tenía, incluso su mamá, incluso el consuelo de poder hacer cuando quiera la señal de la cruz. Acordaos, Señor, por todos estos grandes sacrificios, de ayudarme a convertir a Alfonso».

Juanito rezaba con toda su alma para obtener este gran favor, y con este afecto observaba cómo Alfonso dormía cerca de él. Alfonso iba a ser el primero al que iba a llevar a Cristo; el primero de una larga serie, porque a menudo, mientras soñaba despierto, se veía predicando a cientos de salvajes terribles que finalmente se arrodillaban y se tornaban buenos salvajes pidiendo ser bautizados lo antes posible.



Así fueron pasando los días. El hombre se ponía en marcha todas las noches mientras el niño dormía. Éste vigilaba durante el día, preparando lo mejor que podía las presas que Alfonso había capturado durante sus expediciones nocturnas.

Alfonso había elaborado la historia que necesitaba para lograr que Juanito fuera su fiel aliado. La fábula de pasarse a los blancos había tenido un éxito enorme. Creyendo que corría peligro, el niño haría todo lo que fuera necesario para salvarle la vida. Situado entre dos hermosas cumbres de la montaña, Alfonso partía o bien hacia una o bien hacia la otra, para inspeccionar los alrededores y asegurarse de que no llegara su famoso enemigo. Juanito se quedaba temblando, con temor de que le sucediera alguna desgracia. Él era su protegido, pero ya sentía una auténtica vocación de ángel guardián; es cierto que todavía era muy poco ángel, pero en todo caso, sí era muy buen guardián.

(Continuará)

# *Pelayos*

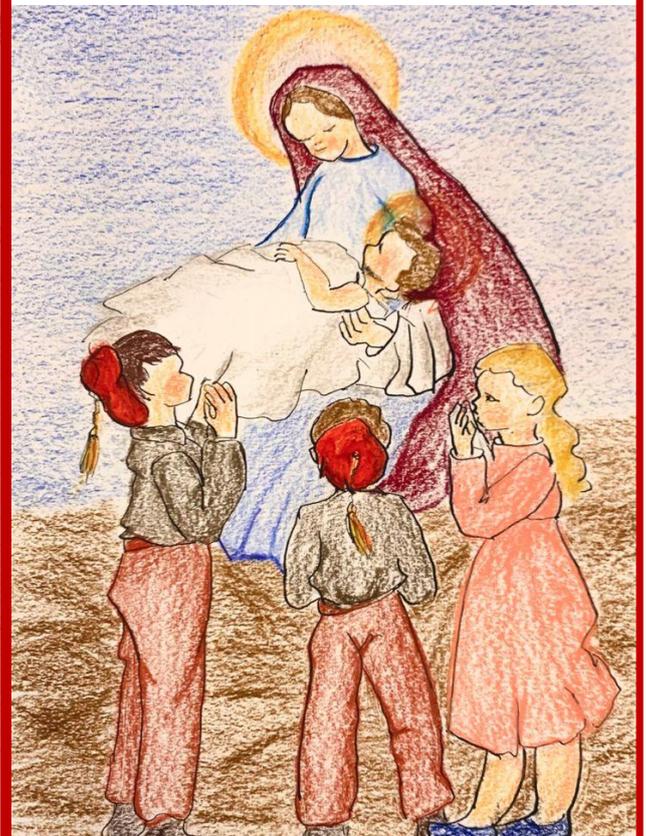
*Las Aventuras de Clara y Santiago*



Ya es Navidad, y le ha tocado a Santiago hablar del Nacimiento del Niño Jesús en el colegio. Como Pelayo, les ha contado a todos sus compañeros de clase como se vive de verdad el nacimiento del Rey de reyes...

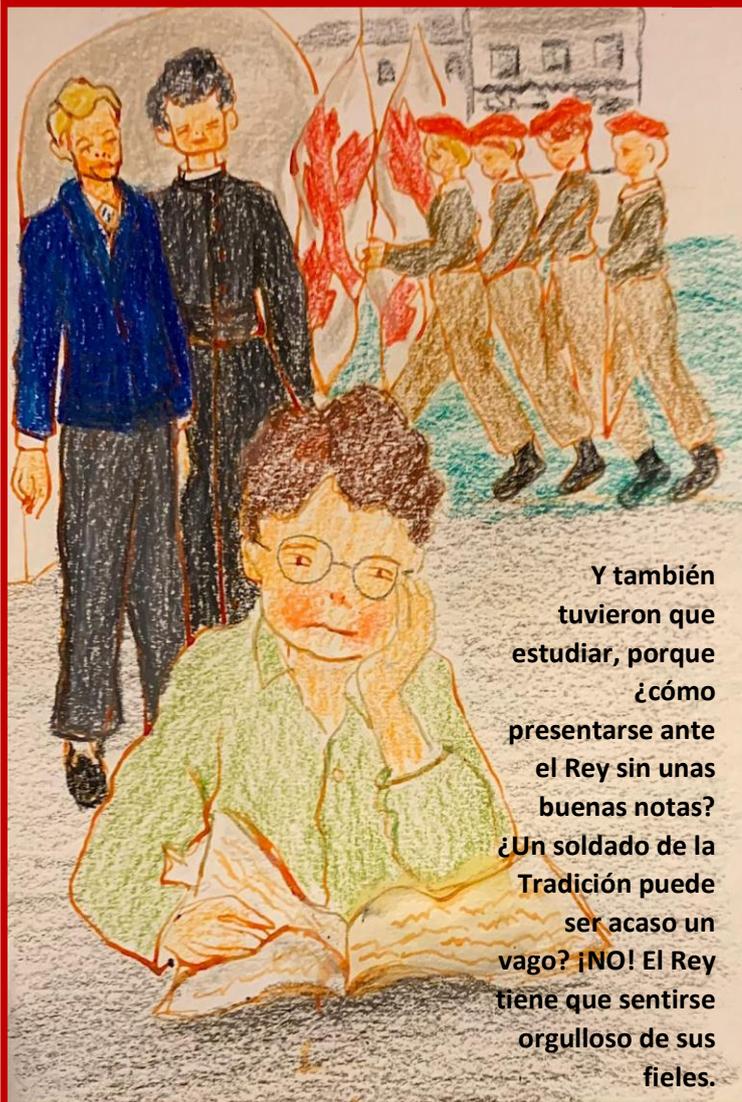


...y de como los Pelayos y Margaritas montan el Portal de Belén para adorar Dios, con sus boinas rojas y blancas. Y que sólo así se celebra la Navidad. Y que de todas las Españas habían enviado sus dibujos al Concurso de la Revista Pelayos, y que el Rey Enrique V se sentía orgulloso de todos y cada uno de ellos.





Clara y Santiago habían organizado, con permiso de sus padres, un mercadillo con todo lo que vende la Tienda Carlista, para poder viajar junto al Rey en Navidad. Había banderas, todos los números de la Revista Pelayos, boinas, figuras para el Portal de Belén, Detentes... ¡y fue todo un éxito!



Y también tuvieron que estudiar, porque ¿cómo presentarse ante el Rey sin unas buenas notas? ¿Un soldado de la Tradición puede ser acaso un vago? ¡NO! El Rey tiene que sentirse orgulloso de sus fieles.



¡Y llegó el día!  
Allí estaba S.A.R. D. Sixto, esperando a sus fieles Pelayos, en Lignières.  
Eran un buen montón y todos en formación.  
La Santa Tradición traía a sus Pelayos ante su Rey.  
Nadie podía contenerse al bajar del autobús:  
¡Viva Cristo rey!  
¡Viva Enrique V!

Y allí estaba también  
nuestro Capellán, el Padre  
D. José Ramón García  
Gallardo, que les dijo que  
tan gran jornada había que  
empezarla con la Santa  
Misa, porque nuestro  
tetralema empieza por  
Dios, y todo es por y para  
Dios.





Pasaron todo el día con el Rey y el Capellán Real, aprendiendo de ellos y sabiendo lo importante es que ser fieles y no abandonar la Santa Causa.

Allí se vivió lo que son las Españas, por la que nuestros abuelos entregaron vida y hacienda.

Recibieron las palabras de ánimo del Rey y la bendición del Capellán, que guardaron para llevar a todos sus amigos

**Y después de tan gran aventura...  
¿Qué pedir a los Reyes Magos?**

*Queridos Reyes Magos*  
 Hoy, quiero pedir algo muy especial, porque este año fui muy bueno: quiero una boina como la de papá  
 y una planta de margaritas para mi hermana; quiero que la cuide bien para que salgan muchas y así poder trasplantarlas.  
 A mi hermano traédle una revista de "Pelayos" porque ya sabe leer  
 Al papá un libro de Melchor Ferrer "Historia del Tradicionalismo Español", así lo heredo yo.  
 A mamá, me gustaría que le trajeras un "Devocionario de Requeté", así, nos lo puede leer por las noches para que no se nos olvide, y también una boina blanca.  
 Muchas Gracias, Santiago.

# III Concurso de Navidad

*«Los Pelayos celebran la Navidad y sus tradiciones»*

*Ilustraciones*



**1º Premio Categoría Adultos Ilustraciones**

**Antoni Bas Olcina. España**



**1° Premio Categoría Juvenil Ilustraciones**

**Delfina Camaño. 17 años, Buenos Aires,  
Argentina**



**1° Premio Categoría Infantil Ilustraciones**  
**José Martín Valle Macintyre. 9 años, Arequipa,**  
**Perú.**

«Los Pelayos celebran la Navidad y sus tradiciones»

*Relatos*

## Pastores y pastorcitos

Santiago y Pedro eran niños de doce y diez años.

Su padre, (pastor navarro) estaba como lo había estado su abuelo, peleando en las filas de Don Carlos. Y así, los niños tuvieron que cuidar del rebaño. Lo llevaron a un resguardado vallecito donde había mucho pasto.

Mientras la majada pastaba tranquila, los niños comentaban que era 24 de diciembre y que esta nochebuena la pasarían lejos de su casa y su madre. Incluso, no habían encontrado tiempo siquiera de realizar un pesebre.

Recordaban las historias de Navidad de las clases de catecismo, y sobre todo aquella que hablaba de La Virgen y San José, refugiados en un pesebre, pues no hallaron abrigo, ni en las posadas, ni en el corazón de los hombres.

De pronto, la llegada de un viento helado, anunció una fuerte tormenta. Corriendo, los niños juntaron las ovejas y las que arriaron hacia un sitio donde estuvieran a salvo. Encontraron una gruta amplia y segura. Allí se resguardaron, a esperar que pasara el temporal.

Pero el mal tiempo no cesaba. A la lluvia siguió la nieve. Comieron de sus escasas raciones de pan y queso de las alforjas. Al cabo de un rato, envueltos en sus ponchos, se durmieron profundamente.



Los despertó el rebuzno de un burro, saltaron del lecho, y se asomaron a ver que era. Un hombre tiraba de un asno, que llevaba una mujer digna y hermosa.

Los niños, preocupados por la tormenta, los invitaron a entrar. Pedro, con gran sorpresa ( y temiendo estar soñando) descubrió que eran San José y La Virgen.

Prepararon rápido unas camas con paja y lana, y consiguieron pasto para el burro.

Mientras sus nuevos e inesperados huéspedes se acomodaban, Santiago, desafiando la noche y la nieve, bajó al caserío a contar lo ocurrido y solicitar ayuda. Nadie le creyó. Y debió volver solo a donde estaba su hermano.

Seguía nevando. Y llegó como a las 2 de la mañana a la cueva.

La Señora había dado a luz un niño.

Y el mismo dormía en un haz de paja, la más suave que Pedro había encontrado.

Empezaron a llegar pastores, que adoraban al niño, y ayudaban a Santiago y Pedro, con las labores propias del oficio, además de convidarles con queso, pan, bola de grasa y vino (i ....no! vino no, agua)

Días después, tres importantes señores adoraron y trajeron regalos al niño.

La cueva era el más alegre de los rincones.

Pero alguien, puso en aviso a La Familia...

Herodes los perseguía.

Santiago y Pedro, los despiden lagrimeando, parados en la puerta de la gruta, felices porque La Virgen los bendijo, y San José

les regaló cinco ovejas de aquellas que los pastores trajeron de lejos.

—¡Que contento se va a poner Papá, cuando vea que aumentamos el rebaño!— dijo Pedro-

—Es verdad—apoyó Santiago- pero lo más importante, es que se han despejado los caminos, y podremos volver a casa, a ver a mamá, Mariquilla, Isabel, y Juanillo, veremos como han hecho el pesebre...

- Ja, seguro que con el nuestro los dejamos chiquitos- se entusiasma Pedro.

### **1ª Premio Categoría Juvenil Relatos**

**Francisco Javier García Soaje, 13 años. Argentina**

---

## **¿Un Pelayo para Navidad?**

Cada fin de noviembre, pasa lo mismo: mi madre sacando de la bodega las cajas que contienen todos los adornos de navidad, la caja del Nacimiento y otras cosas. Mi padre, haciendo la lista de lo que deberá comprar para la cena de Navidad y la posada. Mi hermana Lolita, opinando sobre el color del que deberán ser las piñatas, qué dulces y qué frutas deberán llenarlas. Mi hermano mayor, Pancho, ayudando a mamá. Mientras, yo me retiro a mi habitación a jugar con mi consola de videojuegos. Hoy no tengo ánimo de participar. Siempre es lo mismo desde hace 11 años ya.

En la iglesia hablan de preparar el corazón, de meditar sobre la grandeza de este tiempo, y no entiendo. Los cantos del domingo han cambiado, y veo a muchas viejecitas llorar cuando cantan, ¿qué pasará en su corazón? ¿Acaso no debería ser una temporada de felicidad?



En mi casa no ponemos árbol de navidad y está prohibido colocar figuras de Santa Claus, duendes o renos. Mis padres me dicen que debemos ser mexicanos y no admitir americanismos. Las posadas han comenzado, las piñatas, el ponche. No logro sentir ni tristeza ni alegría, ya no tengo la alegría que antes me provocaba la Navidad, ¿será que me estoy volviendo adulto?

De pronto veo a mi madre entrar a mi habitación, exigiendo que me quite los audífonos que uso para mi consola de juegos. ¡Si con ellos puedo escuchar hasta mi corazón el sonido de las bazucas, de las balas, los gritos de derrota y los gritos de todas las bestias que mi juego contiene!

Y la orden que mi madre me da enfadada es:

«¡Descuelga de tu closet el calendario que compramos en la capilla y baja en este momento que necesitas ayudarnos!»

No entiendo, pero obedezco. Descuelgo de mala gana el calendario que nunca veo y me espanta lo que observo: un muchacho a punto de ser torturado por musulmanes, ¿será posible? Leo el brevísimo párrafo que dieron de explicación en el calendario. Pelayo es su nombre... ¿Se fue a la guerra cuando tenía 9 años?

«¡No puede ser! ¡Qué mentira!», lo digo en voz alta y riéndome.

Mi madre, está ya esperándome justo al final de la escalera y la veo de nuevo molesta y me pregunta:

«¿De qué te estás burlando?».

A lo que contestó con otra pregunta:

«¿Mamá, esta historia es verdad? ¿Cómo es posible que un niño vaya a los 9 años a la guerra?».

Ella me responde:

«Investiga».



Me pide el calendario para anotar las posadas a las que hemos sido invitados por amigos y familia.

Yo no podía olvidar aquella frase que San Pelayo repitió al rey que le iba a torturar: «Sí, oh rey, soy cristiano. Lo he sido y lo seré por la gracia de Dios. Todas tus riquezas no valen nada. No pienses que por cosas tan pasajeras voy a renegar de Cristo, que es mi Señor y tuyo, aunque no lo quieras».

Observo cómo mi madre dispuso sobre una mesa en nuestro salón principal, el Nacimiento. Pensaba que, San Pelayo debió amar mucho al Niño Jesús.

Mi madre interrumpió mis pensamientos:

«Toma un poco de chocolate caliente que hice para todos».

Le agradecí, pero ese chocolate parecía ser un insulto, pues en mi mente estaba el Niño Dios que quiso nacer pobre y con frío y, San Pelayo que prefería morir justamente por ese Niño Dios. Fue el chocolate más amargo que he tomado en mi vida.

Esa noche le pedí a mi padre, obtuviera para mí, una biografía de San Pelayo. No podía comprender qué hacía en la guerra un niño de 9 años. Él, sí vivió la guerra en carne y hueso, mientras que yo ¿mataba orcos en mi consola con solamente botones?

Al siguiente día, mi padre llegó a casa con varias hojas de información. Cuando regresé de la escuela, me las dio y corrí a mi habitación a leer.

San Pelayo vivió con su tío que era obispo. Desde pequeño, porque en ese tiempo España estaba invadida por musulmanes, le enseñaron a defenderse. Sabía manejar la espada. Le hicieron un escudo especial por su estatura. Podía encargarse de llevar la



bandera, sabía montar a caballo. Pasaba días durante su entrenamiento comiendo poco. También le enseñaron a curar heridas, a poner vendajes, tocaba el tambor para encabezar el ejército de su tío.

¡Vaya!, le enseñaron a estar listo para la guerra y poder pelear. Yo nunca he tenido en mis manos una espada de verdad, únicamente botones de consolas para matar. Me sentí con mucha vergüenza, porque mis hazañas de guerra, eran subir de nivel o derrotar a mis amigos con puntajes en los videojuegos.

Cuando su tío y su ejército salieron hacia Pamplona, en un lugar llamado Valdejunquera, cayeron presos de los musulmanes. Su tío logró que lo liberaran, pero no dejaron que se llevara a Pelayo. ¡Se quedó solo!, y estuvo preso por cuatro años con gente extraña que no lo querían y, en un lugar lejos de su casa. Sin sus padres, hermanos, lejos de su pueblo... y ¿yo qué hago?

Yo, solo busco estar lejos de mis hermanos que no me caen bien. Vivo con mi familia. Pero San Pelayo, ¿qué debió sentir?, ¿podría yo estar lejos de mis padres y hermanos como él estuvo? ¡No, nunca!

El califa (el rey) de los musulmanes, le proponía a San Pelayo costumbres deshonestas con las que ellos vivían. Y San Pelayo las rechazó por Jesús, nuevamente por ese Niño Dios que estaba a punto de llegar en Navidad, ese niño todopoderoso, Cristo Rey. Un niño rey que nos propone bondad, pureza, pobreza y caridad. ¡Qué distintos reyes eran ese califa y el Niño Dios! El califa proponía el mal, y con razón los musulmanes hicieron tanto daño a San Pelayo.

«Cosas pasajeras», así llamó San Pelayo a las riquezas y comida que le ofrecían los musulmanes, con tal que abandonara a Jesús: pues esa noche cuando rezamos el Rosario, pensaba que yo tampoco podía dejar el pesebre, no podría dejar solo a Jesús,



aunque llegaran a darme todo el dinero del mundo. San Pelayo, entendió lo que el Niño Dios nos quería enseñar al nacer pobre: las riquezas y cosas que tenemos aquí pasarán, se perderán o desaparecerán. Lo importante es nunca perder la amistad con el Niño Dios, cuidarlo y defenderlo. Ya comenzaba a entender a San Pelayo.

Ahora, comprendía esa frase que mi abuela me enseñó y me hacía repetir en misa durante la elevación de la hostia y el cáliz: «Señor mío y Dios mío, yo creo en ti». San Pelayo dijo que no renegaría de Cristo: «es mi Señor». Yo decía lo mismo, pero no entendía que justo en la hostia, Jesús estaba presente. Era el Señor de San Pelayo, pero también era el mío.

He pasado muchos días defendiendo príncipes y castillos en mi consola de videojuego, pero ¿qué había hecho yo hasta ahora para defender a mi Señor, a ese niño del pesebre, al niño todopoderoso, a Jesús?

Defender a Jesús le costó a San Pelayo que lo mataran, un martirio que me hizo llorar al imaginarlo. Lo mataron cuando tenía 13 años, solamente un año más de lo que yo tengo. Seguro que en su corazón y mente estaba este niño Jesús ayudándole, porque Jesús nunca nos deja solos.

Después de conocer a San Pelayo, ya no podré quejarme de los sacrificios que debemos hacer en Cuaresma. ¿Cómo podría quejarme después de saber todo lo que San Pelayo, sufrió? ¡Ya estoy listo para la próxima Cuaresma!

Toda la tarde estuve leyendo y pensando... bajé a cenar con mis padres y hermanos.

«San Pelayo sí existió y es mi héroe, ¡mi héroe de verdad!», comenté a mi padre durante la cena.



Mi hermano Pancho se sonrió, pero no me importó si esa sonrisa era de burla. Me sentía amigo de San Pelayo y era feliz.

Desde entonces, además de rezar el Rosario frente al Nacimiento con mi familia, me quedaba rezando mis oraciones de la noche junto al pesebre, pensando en ese niño Dios y Rey, y en San Pelayo, su soldado fiel.

Ocho días antes de Navidad, mi hermano Pancho llegó a casa con una sorpresa:

«Mira hermano, encontré esto en la red, cuando estábamos haciendo una investigación sobre España en la clase de historia».

Me entregó una hoja. El título decía «Pelayos» y puedes ver a un muchacho parado sobre un montículo, como soldado, sonando la trompeta del combate. Le pregunté más a mi hermano sobre esto, pero me respondió que no pudo sacar más información porque debía apagar el ordenador por órdenes del profesor. Únicamente me ha dicho que están en España, pero no sabemos más.

Esta Navidad, pediré al Niño Dios, a mi Señor y a San Pelayo que me ayuden a encontrar a estos niños, a conocer lo que hacen y defienden, pues si son católicos, ¡con ellos quiero estar!

### **1ª Premio Categoría Adulto Relatos**

**Gabriela Ramírez de Arellano y Aguilar. México.**

*«Los Pelayos celebran la Navidad y sus tradiciones»*

### *Videos*

### **1º Premio Categoría Adulto Videos**

**Reynaldo Avilés Jaimes. México.**

(Disponible en el Canal de YouTube de La Esperanza)



# Las Españas

La noche ya caía y D. Ignacio recogía su boina roja, haciendo brillar la gastada escarapela en la que lucían los colores de la España inmortal.

– ¿Se va a ir, D. Ignacio?, preguntó temeroso Santiago.

Clara, mucho más resolutiva, decidió, por si era lo que sospechaban, agarrarle la mano para que se quedara en el sofá y, si no fuera posible, al menos en casa un poco más.

– Por hoy ya conté un buen montón de cosas y, además, si me invitáis, vendré cuantas veces queráis, pero por hoy, ya es suficiente.

– ¡No!, replicó firme Santiago.

– ¡Por favor!, Santiago, ¿qué maneras son esas?, intervino su madre muy seria. Su padre le miraba con el ceño fruncido, con esa expresión que ponía cuando lo hecho era muy serio. Si la corrección de su madre era para obedecer, la del padre, con aquella mirada, no lo era menos.

– Perdón, D. Ignacio, –no dudó en corregirse Santiago– pero es que lo estamos pasando muy bien y aprendiendo cosas que no sabíamos.

Clara ya estaba volviendo a su lugar las cucharillas y poniendo en orden los cojines que habían descolocado tras el imaginado desembarco en las Indias, en vista de que la llamada al orden iba conllevar ponerlo todo en su sitio.

– Pero... si tenéis mucho que hacer antes de acostaros, aunque si queréis, y vuestros padres os dejan, os echo una mano, contestó a ambos hermanos.

La cara de estupefacción de Clara y Santiago ante el trabajo que les quedaba por hacer, al que se había referido D. Ignacio, y que desconocían, hizo sonreír a su padre. Realmente tantas hazañas narradas y sus escenificaciones imaginarias que aún tenían a Jarrón con el rabo alzado y las orejas atentas ante cualquier invasión mora, turca o inglesa, les hizo olvidar que día se aproximaba.

La duda crecía entre los hermanos, que se miraban entre sí intentando recordar que era eso que había aún que hacer: los deberes del colegio, hechos; recoger la mesa, hecho; ayudar a mamá y a papá a poner en orden la casa, también. Sólo quedaba Jarrón, y ya estaba bañado y lo habían sacado a pasear.

D. Ignacio, sonriendo, los sacó de dudas: queda lo más importante, la razón de todas mis historias.

Nada, seguían igual, si cabe, más confusos. Pero no se atrevían a preguntar, intentando disimular un olvido que ya era clamoroso.

Por fin, D. Ignacio les sacó de aquel olvido en medio de tantas emociones vividas esa tarde: ¡En unos días nace Nuestro Rey! ¡El Rey de reyes!

- ¡Sí!, gritaron los hermanos, a volvió a ser seria, pero ellos incontenible.

- ¡El Portal de madre de

pleno pulmón. La mirada del padre ni se percataron, con la alegría

Belén!, gritó Clara, cogiendo a su la mano, tras soltar la de D. Ignacio.

- Vamos, mamá, a por las figuras del Belén, que D. Ignacio nos va a ayudar. Mantuvo muy diligente, como si no se hubiera olvidado y tuviese que haber tomado las riendas de tanto olvidadizo. Tanto era así que ya embarcó a D. Ignacio.

- ¡Vamos D, Ignacio!, organizó Santiago que seguía a su madre y hermana, al pequeño trastero donde se guarda el Portal de Belén de la casa. Jarrón intuyó que la nueva aventura debía encontrarse en aquel rincón e hizo

ademán de marchar tras la pletórica comitiva, pero miraba al invitado, animándole a seguirle. D. Ignacio no hizo ademán de dirigirse a ningún lugar.

El padre de los pequeños hermanos le musitó a su buen amigo: ahora montamos el Portal de Belén, aquí en esta salita, que es el lugar más acogedor de la casa.



Fue terminar la frase y ya aparecieron las dos con cajas, por donde asomaban pequeñas cabezas de pastores, una blanca y brillante estrella y la cabeza de un asustado camello. Jarrón consideró que la espera estaba dando sus frutos; no eran sarracenos a los que había que hacer retroceder, sino un magnífico tesoro que defender, a la vista del cuidado con que traían aquellas cajas.

– D. Ignacio, ya estamos aquí, lo traemos todo, y mamá trae al Niño Jesús en su pesebre, porque a mí se me puede caer y romperse, dialogaba Clara sin esperar réplica.

D. Ignacio, al igual que su amigo y anfitrión, se incorporó para ayudar en tan magna empresa. Santiago repartía funciones a todos: tú, mamá, pon el portal; tú papá, toma los pastores, y D. Ignacio los Reyes Magos; ¿Clara? ¿colocas tú los camellos?

– ¿Y las palmeras y los matorrales, quién? Mejor los pongo yo, y también el río, contestó Clara.

Y así entro los cuatro, iban vaciando las cajas y colocándolo todo sobre una gran mesa auxiliar que ya había dispuesto su madre: arena, musgo, paja, una fuente, una larga tira plateada que hacía de caudaloso río, un puente que simulaba ser de piedra, pastores, pequeñas ovejas, palmeras y pequeños palitos que harían de hoguera, iban saliendo de las ya casi vacías cajas, mientras Jarrón olía el fondo, por si alguien había olvidado algo.

- ¿Y si cantamos un villancico mientras ponemos el portal?, propuso D, Ignacio.

- ¡Sí!, replicaron los hermanos, embriagados de emoción.

Y empezó D. Ignacio:

Pero mira cómo beben los peces en el río

Pero mira cómo beben por ver al Dios nacido

Beben y beben y vuelven a beber

Los peces en el río por ver a Dios nacer...

Ya todos estaban en su sitio, sólo faltaba el Niño Jesús. Allí estaban el buey y la mula, cobijados bajo el portal de corcho, y San José y la Virgen María mirando el pesebre vacío, y los pastores con sus presentes y lo Reyes Magos con sus riquezas..., todo el belén estaba esperando al Mesías.

Y la madre, que había dejado al Niño Jesús sobre una tela de terciopelo rojo, reclinado en el sillón más grande, como un bebé a la espera de los brazos de sus



padres, lo levantó con cuidado y, todos en silencio conteniendo la respiración, depositaron al Rey de reyes en su pesebre, en aquel trono desde donde dominaría todas las naciones de la Tierra.

– Aquí está el Divino Rey, ante quien se inclina el Rey, S. A. R. D. Sixto Enrique, Enrique V, –intervino D. Ignacio– y le ofrece sus presentes, que somos nosotros, sus fieles, firmes defensores de la Santa Causa.

Los hermanos miraron con los ojos bien abiertos a D. Ignacio, nunca se imaginaron que ellos también estaban allí, a la entrada del portal, con el Niño mirándolos, y que Enrique V les ofrecía como soldados de la Tradición para defender el reinado de Cristo en el mundo. Se miraron entre ellos, y sintieron, no ya la responsabilidad, si no el orgullo y el honor que sólo se les brinda a las almas llamadas a ser los primeras en esta batalla contra los enemigos de Dios.

Clara sintió la necesidad de arropar al Niño y acercó unas pajitas al pesebre.

Esta vez ya no brotó un villancico de la familia, sino el Oriamendi, como tributo que hace la tropa a su Gran Capitán.

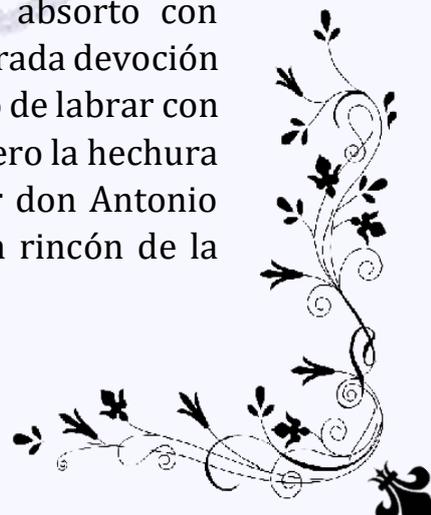
Por Dios, por la Patria y el Rey... defendiendo la bandera de la Santa Tradición.



Madre de La Hispanidad  
Nuestra Señora de Copacabana



Francisco Tito Yupanqui, nieto de Huayna Cápac e hijo de Cristóbal Vaca Túpac Inca, en cuyo escudo familiar concedido por el Emperador Carlos V tenía grabado el lema «*Ave María*», nació en la península de Copacabana a mediados del siglo XVI. En aquella época llegaban al lugar los primeros frailes dominicos, quienes erigieron una pequeña iglesia dedicada a Santa Ana, la abuela materna de Nuestro Señor Jesucristo. Desde muy niño Tito Yupanqui debió asistir regularmente al catecismo y a las misas dominicales, absorbió con aquellas narraciones y prédicas, brotando en él una acendrada devoción por la Santísima Virgen. Así, ya adulto concibió el proyecto de labrar con sus propias manos una imagen mariana para su pueblo. Pero la hechura de barro le salió tan tosca que un sacerdote, el bachiller don Antonio Montoro, mandó retirarla de la iglesia y colocarla en un rincón de la sacristía.



Profundamente apenado, decidió entonces perfeccionar su arte y se trasladó a Potosí donde conoció al maestro Diego de Ortiz, de quien aprendió las técnicas del tallado y pintura. Antes de comenzar su trabajo, hizo celebrar una Misa en honor de la Santísima Trinidad, para obtener sobre su obra la bendición divina. En la Villa Imperial tomó como modelo una imagen de la Candelaria venerada en el templo de Santo Domingo, iniciando el trabajo que acompañó de afectuosas oraciones y ayunos el 4 de junio de 1582.

Algunos meses después, cuando ya estaba bastante avanzada la imagen, le fue presentada al obispo de la Plata como ejemplo de su arte una pintura en lienzo de Tito Yupanqui, lo que significó un nuevo motivo de aflicción para éste. El prelado llegó a decir que era más a propósito para pintar monas que imágenes de Nuestra Señora. Humillado, acudió a la iglesia para pedirle al Señor acierto en el policromado de la imagen.

Con ella regresó a la ciudad de La Paz y se ofreció como ayudante del maestro Vargas, quien estaba dorando el retablo de la iglesia de San Francisco. Tito Yupanqui le contó su historia y el dorador prometió ayudarle. Resolvieron entre ambos traer la imagen a escondidas al taller. Y mientras trabajaban de día en el retablo, por la noche hurtando horas al sueño se entretenían en dorar la imagen, hasta que quedó terminada.

Como suele suceder, el demonio desencadenó una controversia entre los indios de Copacabana, que se resistían a admitir una imagen que no fuera obra de español. Llegaron hasta proponerle a Tito Yupanqui que vendiera la suya, para lo cual no faltaban interesados. Sin embargo, la Divina Providencia, que escribe derecho sobre líneas torcidas, comenzó a mostrar en ella sus maravillas. Así, cada vez que fray Francisco Navarrete la llevaba a su habitación para rezar, le asombraban unos



destellos que salían de la imagen: *“No sé, hijos, qué es esto que veo en vuestra imagen —les dijo el siervo de Dios— que me parece que echa rayos de fuego”*.

Estas noticias llegaron a oídos de don Gerónimo de Marañón, que a la sazón se encontraba en La Paz. El Corregidor de Omasuyo, al que pertenecía Copacabana, encantado con la imagen ordenó su inmediato traslado al pueblo, para alegría de Tito Yupanqui.



En ello colaboró también el Alcalde de los Naturales, don Diego Churatopa, que asignó a diez indios y un huanto (andas), con los que partieron una venturosa mañana hacia el corazón del Lago.

El 2 de febrero 1583, en la festividad de la Purificación de María o Candelaria, fue ceremoniosamente

entronizada en Copacabana la imagen de la Virgen, y a partir de ese momento comenzaría a derramar sobre los pobladores y peregrinos sus caudalosas gracias, que no han cesado hasta la fecha.

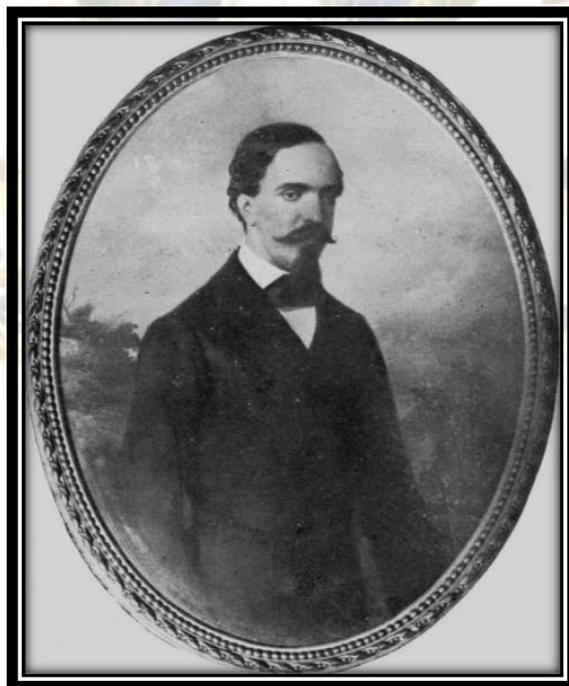


Catecismo  
Juventudes Tradicionalistas

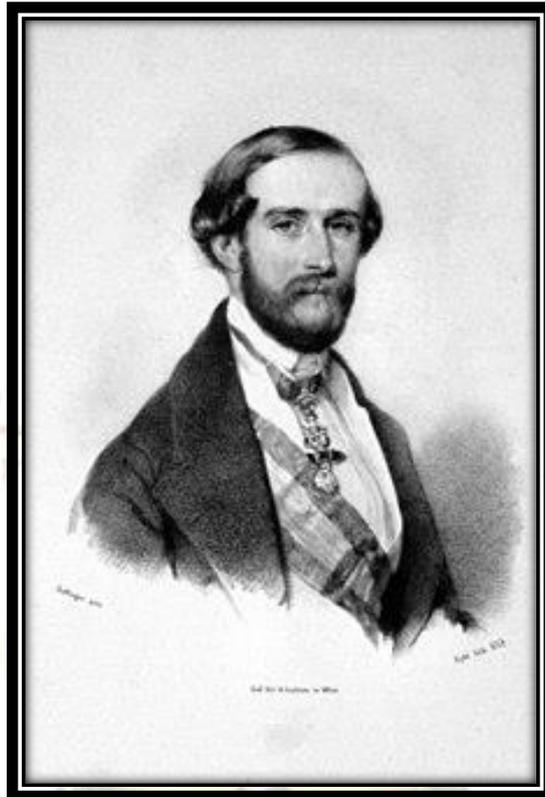
DINASTÍA LEGÍTIMA



Don Carlos V (1833-1845)



Don Carlos VI (1845-1861)



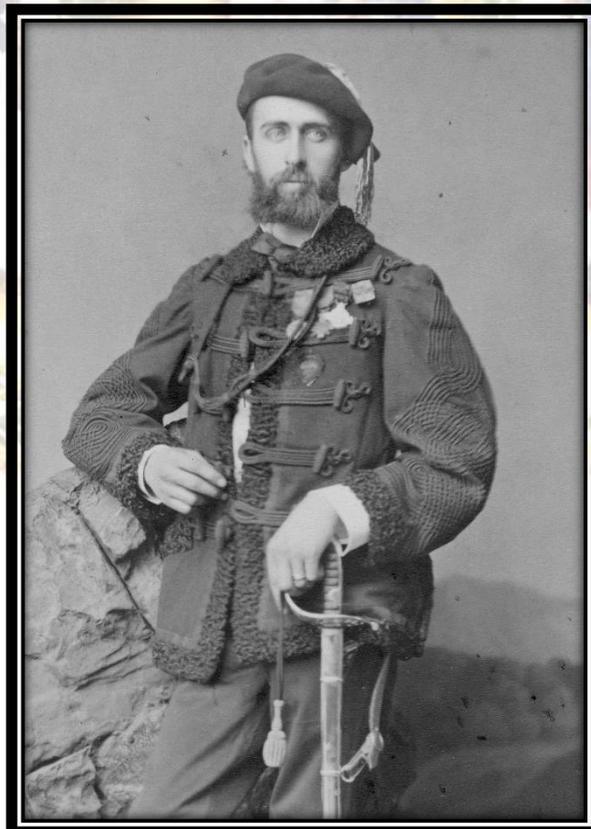
Don Juan III (1861-1868)



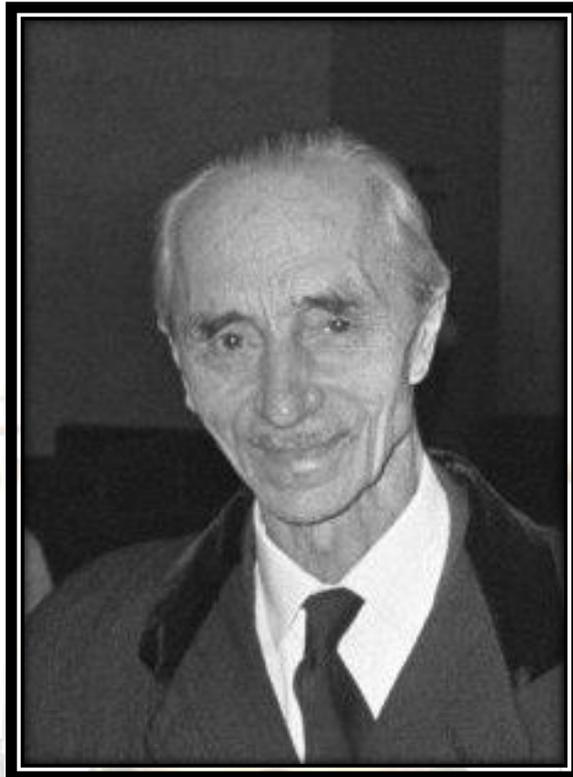
Don Carlos VII (1868-1909)



Don Jaime I y III de Aragón (1909-1931)



Don Alfonso Carlos, el verdadero Alfonso XII  
(1931-1936)



Don Javier I (regente 1936-1952, Rey 1952-1977)



Enrique V

¡Sabías qué?

## La abdicación de Carlos V

El viernes 25 de octubre del año 1555 recorría las calles de Bruselas un numerosísimo gentío, plebe de la capital del Brabante meridional y de los demás Estados flamencos del emperador Carlos V, dirigiéndose apiñado y ruidoso, al palacio real, que a la sazón se alzaba en lo alto de la ciudad hacia la cumbre de Caudeberg, con motivo de una grande asamblea cuya causa desconocíase, y que, aplazada ya una vez, convocara el emperador para aquel día.



CAROLVS AVGVSTVS CÆSAR ROMANVS

Con tal motivo habían adornado el salón, y en el testero inmediato a las puertas de la ciudad, entre riquísimas colgaduras, alzabase un estrado, cuyas cinco o seis gradas cubrían riquísimas alfombras, con tres sillones bajo un dosel que ostentaba las armas imperiales, destinados indudablemente al emperador; al rey don Felipe, que había llegado el día anterior, y a María de Austria, reina viuda de Hungría y hermana de Carlos V.

Paralelos a los tres salones había unos escaños que formaban una especie de hemiciclo, y enfrente del estrado colocaron otros asientos como lunetas ante un escenario.

Alojábanse en el palacio los reyes Felipe, María, Leonor, viuda de Francisco I, Maximiliano de Bohemia, y la duquesa Cristina de Lorena, siendo Carlos V el único que habitaba en la que él llamaba su casita del parque.

A las cuatro de la tarde salió de su morada, montado en una mula cuyo lento paso le molestaba menos que otro cualquier medio de locomoción: andar a pie, era inútil probarlo, pues el emperador padecía ataques de gota cada vez más violentos, y apenas sabía si podría caminar desde el umbral hasta el trono del salón, o si habrían de conducirlo en brazos.

Reyes y príncipes seguían a Carlos V.

Llevaba éste el manto imperial de brocado, el gran collar del Toisón y la corona; respecto al cetro, como su mano carecía de fuerza



para sostenerlo, llevábanlo delante de él, sobre un almohadón de terciopelo carmesí.

Primero pasaron al salón los personajes que debían ocupar los escaños. A la derecha del dosel hallábanse los caballeros del Toisón, a la izquierda los príncipes, los grandes de España y los señores; detrás los consejeros de Estado, privado y de hacienda; y enfrente los Estados de Brabante, Flandes y otros, cada uno según el puesto que le correspondía. Las galerías que circuían la pieza estaban desde la mañana repletas de espectadores.

A las cuatro y cuarto entró el emperador apoyado en el hombro de Guillermo de Orange, apellidado más adelante el Taciturno, cerca del cual marchaba Manuel Filiberto de Saboya con su escudero y su paje.



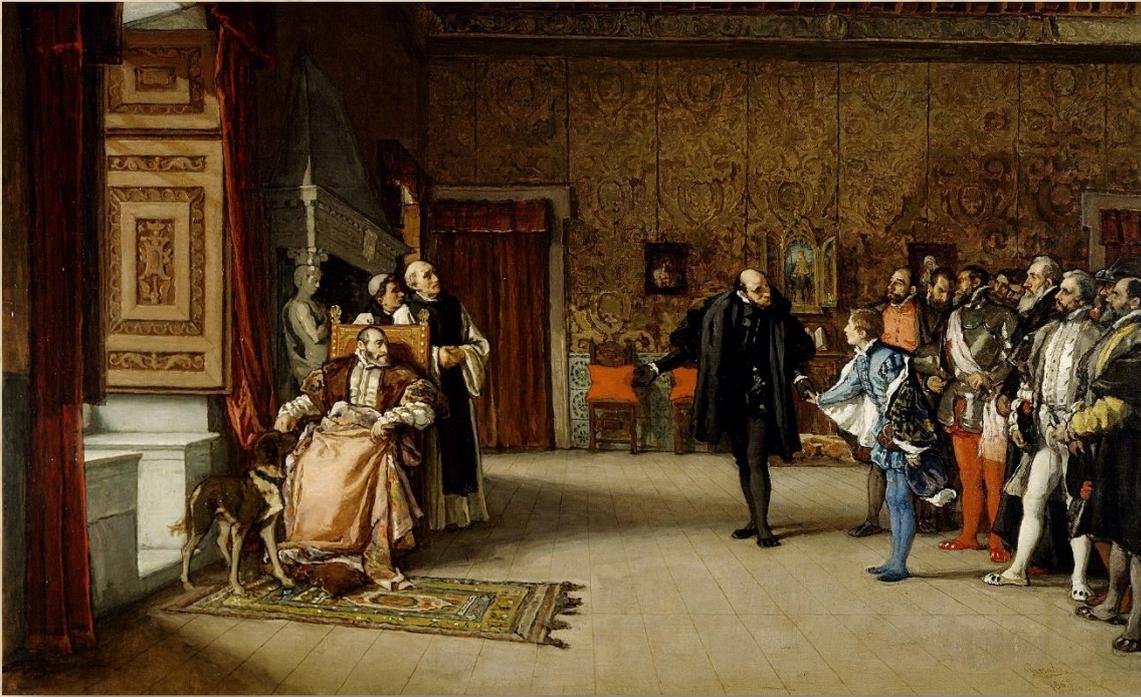


Al presentarse el emperador y su augusta comitiva levantáronse todos, dirigióse Carlos V al estrado, andando con sumo trabajo a pesar de que le sostenían, y si no se quejaba a cada paso debíalo a la fuerte entereza de su alma y a lo muy acostumbrado que estaba al sufrimiento; sentóse con don Felipe a la derecha y la reina María a la izquierda, y a una señal suya hicieron todos igual.

La ansiedad era general y sólo permanecía impassible el semblante de Felipe, cuyos velados ojos aparentaban no percibir cosa alguna, dando apenas indicios de que circulara sangre bajo aquella descolorida e inanimada piel.

A otra señal del emperador tomó la palabra el consejero Filiberto de Brusselles, explicando en cortos términos que los reyes, príncipes, grandes de España, caballeros del Toisón de Oro y miembros de los Estados de Flandes presentes habían sido convocados para concurrir a la abdicación del emperador Carlos V en favor de su hijo don Felipe, quien a contar desde aquel instante le sucedía en los títulos de rey de Castilla, León, Granada, Navarra, Aragón, Nápoles, Sicilia, Mallorca, Islas, Indias y tierras del Océano y Atlántico; de archiduque de Austria, duque de Borgoña, Lothier, Brabante, Limburgo, Luxemburgo y Gueldres; de conde de Flandes, Artois y Borgoña; de palatino de Hainaut, Holanda, Zelanda, Ferrette, Haguénan, Namur y Zutphen; y en los de príncipe de Swane, marqués del Imperio, señor de Frisia, Salins, Malinas, y de las ciudades, villas, lugares y territorios de Utrecht, Owerlssel y Groeningen.

La corona imperial heredábala Fernando, rey de los romanos.



Nadie osaba respirar en medio del asombro que la abdicación causaba, y el orador la atribuyó al vehemente deseo del emperador de volver a España y verla después de doce años de ausencia, y en particular a la recrudescencia de sus males, dimanada del riguroso clima de Flandes y Germania; suplicando, en nombre de Carlos V y de los Estados de Flandes, que se tomara en buena parte la cesión que de ellos hacía a su hijo don Felipe e implorando al Altísimo que guardara felices y largos años la vida del augusto emperador.

Levantóse en seguida Carlos V, pálida y sudorosa la frente, sujetando un papel en que estaba escrito su discurso por si le flaquease la memoria. A la primera muestra que dio de hablar, terminó, como por ensalmo, la ruidosa conversación que se entablara en todo el ámbito del salón al terminar el discurso del consejero Brusselles, y por débil que fuese la voz del emperador; ninguna de sus frases pasó inadvertida para los oyentes. Verdad es que a medida que hablaba recordando sus trabajos, peligros,

acciones y designios pasados, su voz iba elevándose, su ademán era cada vez más majestuoso, brillaban sus ojos con extraordinaria viveza, y en su acento vibraba la solemne entonación que realza las últimas palabras de los moribundos.

*«Queridos amigos dijo; acabàis de oir los motivos que me inducen a resignar el cetro y la corona en manos del rey mi hijo, y por mi parte añadirè algunas frases que todavia os aclararàn màs mi resoluciòn y mi pensamiento. Queridos amigos, muchos de los que me oyen deben acordarse de que en 5 de enero hizo cuarenta años que mi abuelo el emperador Maximiliano, de gloriosa recordaciòn, me emancipò de su tutela, y aqui, en este mismo salòn y a esta misma hora, diòme posesiòn de todos mis derechos cuando apenas tenia quince años. Habiendo fallecido al año siguiente mi abuelo materno el rey Fernando el Catòlico, ceñi la corona a los dieciséis de edad. Mi madre vivia, y aunque joven, ya sabèis que le turbò de tal manera el juicio la muerte de su esposo, que la imposibilitò de regir por si misma los reinos de sus padres, y a los dieciséis años hube de empezar mis viajes por mar para ir a tomar posesiòn del reino de España. Por último, cuando ha treinta y seis años pasó a mejor vida mi abuelo el emperador Maximiliano, yo*

contaba a la sazón diecinueve, y osè pretender la corona imperial, no por afàn de dominar en mayor número de países, sino para atender más eficazmente al bien de Alemania, de mis demás reinos y, principalmente, de mis amadas Flandes.

«Con ese objeto emprendi y efectué tantos viajes. Contèmoslos y os asombrarán por lo numerosos y distanciados; he pasado nueve veces a la alta Alemania, seis a España, siete a Italia, diez a Bélgica, cuatro a Francia, dos a Inglaterra y dos al África, lo cual asciende a cuarenta viajes o expediciones, sin enumerar las correrías de menor importancia que he hecho para visitar islas y provincias subyugadas.

«Para efectuar estas últimas he atravesado ocho veces el Mediterráneo y tres el mar de Occidente, el cual me dispongo hoy a cruzar por última vez. Paso por alto mi viaje por Francia al trasladarme de España a los Países Bajos, ocasionado, como sabéis, por graves causas. A causa de mis numerosas y frecuentes ausencias vime obligado a entregar el Gobierno de estas provincias a mi buena hermana y a la reina aquí presente, quien ha desempeñado su cargo con el acierto que sabemos yo y las distintas órdenes del Estado. Al

mismo tiempo que viajaba he sostenido varias Guerras, todas emprendidas o aceptadas contra mi voluntad y lo que hoy me aflige al despedirme de vosotros, caros amigos, es no dejaros una paz duradera, una tranquilidad más segura...

«Ya comprenderéis que todas esas cosas no se han hecho sin largos trabajos y grandes fatigas, y por mi palidez y debilidad puede juzgarse la pesadez de semejantes fatigas y trabajos. No se crea, pues, que me desconociera a mí mismo hasta el extremo de que, al medir la carga que me imponían las circunstancias con las fuerzas que Dios me había dado, no me considerase insuficiente para la misión que se me confiaba, con todo eso, parecióme que a consecuencia de la locura que aquejaba a mi madre y de la tierna edad que tenía mi hijo, hubiera sido un crimen librarme del importante peso con que al dispensarme la corona y el cetro cargara la Providencia mi cabeza y mi brazo. A pesar de que cuando últimamente salí de Flandes para Alemania tenía ya la intención de realizar el proyecto que hoy ejecuto, al ver el misero estado de los negocios, al sentirme aún con algún vigor y al encontrarme precisado por las perturbaciones que agitaban la república cristiana, a

la vez atacada por los turcos y los luteranos, creí que mi deber era diferir el descanso y sacrificar a mis pueblos la existencia que me restaba. Iba a conseguir mi intento, cuando los príncipes alemanes y el rey de Francia faltaron a la palabra empeñada, lanzáronme en medio de las alteraciones y batallas. Listos marcharon contra mi persona y por poco me hacen prisionero en Inspruck; aquéllos se adueñaron de la ciudad de Metz, perteneciente al Imperio.

«Entonces fui a sitiarla con numerosas tropas, y no me vencieron los enemigos, sino los elementos, desencadenados contra mi ejército. Compensé la pérdida de Metz con la toma de Therouanne y Hesdin a los franceses, y no satisfecho con esto, fui hasta Valenciennes al encuentro del rey de Francia y forcéle a retirarse, haciendo lo que podía en la batalla de Renty, desesperado de no haber podido hacer más. Hoy, empero, además de mi insuficiencia, que siempre he reconocido, agrávanse y me agobian los achaques; y como afortunadamente al quitarme Dios a mi madre me concede en cambio un hijo en edad de gobernar, ahora que las fuerzas me faltan y se aproxima el término de mi existencia, no quiero preferir la satisfacción y el

afán de reinar al bien y tranquilidad de mis súbditos y en vez de un anciano achacoso que ha visto bajar al sepulcro la más noble parte de sí mismo, os doy un príncipe fuerte y recomendable por sus florecientes años y virtudes.

«Juradle, pues, el amor y fidelidad que me jurasteis y que tan lealmente me habéis profesado; cuidad, ante todo, de que las herejías que os rodean no se introduzcan entre vosotros para turbar la fraternidad que debe uniros, y si veis que echan algunas raíces, aliérgaos a extirparlas. Volviendo a mi persona, añadiré



que he cometido muchas faltas, ya por ignorancia en mi mocedad, ya por orgullo en mi edad madura, ya por otra cualquier flaqueza inherente a la naturaleza humana; no obstante, declaro que a sabiendas o voluntariamente nunca he ofendido o maltratado a nadie, o cuando se ha hecho violencia o injuria y lo he conocido, siempre la he reparado, como delante de todos lo harè mäs tarde, con una de las personas aquí presentes, a quien ruego que aguardé la reparaci3n con paciencia y misericordia.

«Hijo mio continuó dirigiéndose a don Felipe arrodillado a sus pies, si sólo por mi muerte hubieseis entrado a poseer tantos reinos y provincias, ciertamente ya hubiera yo merecido algo de vos por haberes legado tan rica herencia, por mí con tantos bienes aumentada; mäs puesto que esta gran sucesi3n no os recae hoy por mi muerte, sino únicamente por mi voluntad, puesto que vuestro padre ha querido morir antes de descender al sepulcro para que en vida suya disfrutéis el beneficio de su sucesi3n, os pido, y derecho tengo a pedirloslo, que améis a vuestros pueblos con la ternura que debéis a un padre que antes de tiempo os entrega cetro y corona. Los demás reyes se alegran de haber dado la vida a sus hijos y de legarles sus reinos, al paso que yo he

deseado quitar a la muerte la gloria de haceros este presente, creyendo que será mayor el gozo si así como os veo vivir por mí, os veo reinar. Pocos habrá que sigan mi ejemplo, como pocos hubo en las pasadas edades cuyos ejemplos fuesen dignos de imitarse. A lo menos se alabará mi designio cuando se vea que merecéis ser objeto de la primera prueba, y obtendréis esta ventaja, hijo mío, si conserváis la cordura que hasta el presente habéis demostrado, si teméis siempre al supremo Señor de todas las cosas, si defendéis la religión católica y protegéis a la justicia y las leyes, causa de la mayor fuerza y el principal apoyo de los imperios. Por último, deseo que vuestros hijos crezcan, tan felizmente, que podáis transmitirles vuestro Imperio y poder, con entera libertad y no por motivos diferentes de los que a mí me obligan.»

Grande espectáculo era en verdad el que ofrecía al mundo aquel soberano, aquel guerrero, aquel César que, después de cuarenta años de un poderío tal que pocos hombres lo habían recibido igual de la Providencia, descendía voluntariamente del trono, y agobiado de cuerpo, cansado de espíritu, proclamaba en alta voz la vanidad de las grandezas humanas ante el sucesor a quien las legaba.





## Pelayos

### Trivial

- ¿Qué guerras libró España bajo el rey Fernando VI?
- ¿Quién sucedió a Su Majestad Católica el rey Felipe V de Borbón?
- ¿Dónde se ¿Cuál era la última parada de renombre del Camino Real de Tierra Adentro? San Millán para ayudar a los cristianos contra los moros?
- ¿Qué celebramos en Navidad los cristianos?



## Pelayos

### Trivial

- ¿Cómo se expulsó a los británicos de Honduras?
- ¿De quién fue hija la Princesa de Beira?
- Además del Arauca y el afluente que le da nombre, ¿qué otro gran río atraviesa la región de Apure?
- ¿Qué icónica «sierra» podemos ver al atravesar Guadarrama?



## Pelayos

### Trivial

- ¿Qué otros territorios ocupados por Reino Unido motivaron el Pacto de Familia?
- ¿De quién fue hija la Princesa de Beira?
- ¿Qué icónica «sierra» podemos ver al atravesar Guadarrama?
- ¿Qué enseña a la política cristiana la temprana persecución de Nuestro Señor?





- La Guerra de los Siete Años y la de sucesión de Austria. Fernando VII llevó la Monarquía Católica a su máxima extensión territorial.
- Su cuarto hijo don Fernando VI, que llegando a ser Príncipe de Asturias al fallecer sus hermanos, sucedió a su padre y engrandeció el reino.
- Tras cerca de 2600 kilómetros, esta ruta desde la Ciudad de Méjico concluía en la ciudad novohispana de Santa Fe.
- Celebramos la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo. Dios se encarnó: se hizo hombre para poder redimir al género humano, cumpliendo las promesas que había hecho a través de sus siervos, los profetas.



- En 1763, el rey Carlos III firmó el Tercer Pacto de Familia borbónico para frenar la expansión inglesa en América y recobrar este territorio hispano.
- La reina doña María Teresa de Braganza, casada con Su Majestad Católica don Carlos V, era hija de Juan VI de Portugal y Carlota de Borbón.
- El Orinoco baña esta región de la actual Venezuela.
- Esta fiesta, tan popular en las Españas, remarca de modo sencillo que el poder temporal debe estar sometido a Dios y ser regio.



- Menorca, que fueron hurtados por los ingleses en la Guerra de Sucesión española.
- Su hija María I, a quien pertenece uno de los reinados más largos en la historia lusa.
- La formación montañosa de los Siete Picos, que se sitúa en la sierra de Guadarrama del Sistema Ibérico, el cual separa las dos Castillas.
- Además de ser odiados del mundo por proclamar la verdad y la corrección saludable del prójimo, los católicos somos atacados por querer restaurar la organización natural y justa de las sociedades.



# Carcionista

## Himno de las Margaritas

*Margaritas de España, cantemos,  
nuestro himno de amor y de Fe,  
nuestras Santas Banderas, alcemos,  
¡por la causa de Dios, Patria y Rey.  
(x2)*

*Nuestras almas que buscan conquistas  
también quieren salvar la nación...  
¡ayudando a los bravos Carlistas!  
que combaten por la Tradición.  
¡Ayudando a los bravos Carlistas!  
que combaten por la Tradición.*

*Margaritas de España, cantemos,  
nuestro himno de amor y de Fe,  
nuestras Santas Banderas, alcemos,  
¡por la causa de Dios, Patria y Rey.*



*Corazón de mujer Española;  
Margarita... ¡crisol de bondad!  
por tus nobles soldados, inmola,  
los consuelos de tu caridad.*

*Por el triunfo de nuestras banderas,  
¡por la Cruz de Borgoña y su Ley!  
lucharemos con ansias guerreras...  
¡Gloria a Dios, a la Patria y al Rey!*

# Tienda Carlista

Mochila y polos de Margarita y Pelayo



<https://tiendacarlista.com/>

